

ROMEOS CONQUISTANDO, JULIETAS PROTESTANDO.  
PARADOJAS DE GÉNERO EN EL MUNDO ADOLESCENTE

Forero, M.C.; Heilbut, S.; Surianu, N.

Mayo 28 de 2009

Pontificia Universidad Javeriana

Palabras Claves: Roles tradicionales de género, creencias culturales, relaciones de pareja, adolescentes,

Resumen

La presente investigación pretendió dar respuesta a la pregunta: ¿De qué manera influyen las creencias culturales acerca de ser hombre y ser mujer en las prácticas, pensamientos y sentimientos de adolescentes en la construcción de las relaciones de pareja heterosexuales? Para ello se realizó una indagación teórica que abordó conceptos como adolescencia, los roles de género y relaciones de pareja. Se realizaron tres grupos focales con adolescentes hombres y mujeres entre los 15 y 17 años pertenecientes a estrato 2 de la ciudad de Bogotá, abordando las categorías propuestas. A partir de la indagación se evidenciaron divergencias claras entre lo que piensan los y las adolescentes con lo que hacen y sienten en las relaciones de pareja, manteniendo comportamientos arraigados a los roles tradicionales de género, haciendo indiscutible que los estereotipos continúan perpetuándose a través de los escenarios sociales en los que interactúan con los adultos.

Abstract

The present investigation intended to answer the following question: In which way do cultural beliefs related to being men and women influence the practices, thoughts and feelings of teenagers in the construction of heterosexual couple's relationships? Three focus groups were conformed by male and female teenagers, between the ages of 15 and 17, from the city of Bogotá of low social and economic status, in order to approach the aforementioned categories. Based on the obtained information, there were clear differences between what teenagers think and what they do and feel in couple's relationships. It was observed that they behave according to traditional stereotypical male and female roles, making it evident that these are perpetuated in social contexts in which they relate with other adults.

## Tabla de Contenido

0. Introducción	3
0.1 Planteamiento del problema	3
0.2 Justificación	7
0.3 Revisión bibliográfica	14
0.4 Objetivos	34
0.5 Definición de categorías	35
1 Método	36
1.1 Diseño	36
1.2 Participantes	37
1.3 Instrumento	37
1.4 Procedimiento	39
2 Resultados	41
3 Discusión	59
4 Referencias bibliográficas	71
Anexos A: validación de instrumentos	79
Anexo B: Consentimiento informado	92
Anexo C: Transcripciones de grupos focales	95
Anexo D: Matriz de Categorías	220

## 0. **Introducción**

Desde que se nace, la cultura está continuamente permeando la vida de las personas a través de las creencias, los modos de actuar, pensar y sentir constituyendo el lente a través del cual se ve el mundo. La adolescencia, es un momento que atraviesa todo ser humano y que lo lleva a una búsqueda que le permita establecer quién es y para donde va. Es en este proceso en el que se perfilan gustos, habilidades, aptitudes, pasiones, convicciones, en otras palabras, es aquí donde se intenta construir la esencia del ser y del estar. Así, como posibilidades de construir lo que se es, femenino y masculino representan dos maneras de descubrir y acercarse a los otros y otras y a partir de allí iniciar un proceso de crecimiento y complejización como seres humanos. Es a través de los otros (as) que se logra el conocimiento de sí mismo(a) y por ende las relaciones de pareja figuran como una manera de construir identidad y de evidenciar cómo las creencias y el legado de la cultura se perpetúa y vive a través de las interacciones con el otro género.

El presente estudio está encaminado a indagar por las creencias de los y las adolescentes acerca del ser hombres y mujeres y la manera en cómo estas juegan un papel dentro de las relaciones de pareja.

### **0.1 Planteamiento del problema**

Durante toda la vida, los seres humanos nos estamos construyendo continuamente a través de experiencias que crean historias únicas. La vida es una inmensa canasta de infinitas posibilidades de sentir, pensar, actuar, ser y existir, y en tanto múltiples posibilidades, múltiples y únicas son las historias que contar, las personas que conocer, escuchar, comprender y amar.

El mundo en el que crecemos, está dotado de significados que nacen en el pasado, viven en el presente y se proyectan hacia el futuro dando sentido a las personas. El aprendizaje y el significado de cómo nos comportamos, sentimos y actuamos; los momentos en los que aparecen las distintas acciones, pensamientos y emociones; el modo de compartir las experiencias con los que están cerca y los que están lejos; el lugar en donde se viven todas las creencias, las acciones y los sentimientos, son los matices que hacen de la vida una posibilidad única para cada persona. Así pues, el cómo, el cuándo, el dónde, el quién y el para qué de la vida es lo que conocemos como cultura.

Rosaldo (1991) hace una precisión importante sobre lo que implica la cultura y el nivel de penetración de esta en la vida cotidiana de los sujetos. Para el autor,

*La cultura proporciona significado a la experiencia humana, seleccionándola y organizándola. Se refiere con amplitud a las formas por las que la gente da sentido a su vida, y no a la ópera o a los museos de arte... Desde las piruetas del ballet clásico hasta el más brutal de los actos, la conducta humana se media por la cultura. La cultura abarca lo cotidiano y lo esotérico, lo mundano y lo exaltado, lo ridículo y lo sublime. En cualquier nivel, la cultura penetra todo (p. 35).*

Ser hombre y ser mujer implica asumir roles que la cultura ha engendrado y perpetuado a través de creencias que se manifiestan en las actitudes, las formas de sentir y expresar, las capacidades y los comportamientos permitiéndoles sentirse parte de un grupo y al mismo tiempo ser y expresarse como individuos particulares. Williams y Best (1982) hacen una descripción de los estereotipos culturales de género en occidente describiendo "...a las mujeres como sensibles, cálidas, dependientes, y orientadas a la gente, en tanto que a los hombres se les ve dominantes, independientes, orientados hacia el trabajo y agresivos" (Citado por González, 1999 p. 82). Estas formas de ser y actuar son percibidas por el cuerpo, el cual se convierte en fuente y trasmisor del lenguaje que colorea y da sentido a lo que se dice y lo que no se dice con palabras. En relación con lo anterior, Gastaldi (1994) afirma que "el cuerpo es el mejor medio del que dispone el

hombre para comunicar su intimidad” (p.121). Es, en última instancia, el instrumento con el que logramos entrar en contacto con el otro, con el mundo y nosotros mismos.

Es precisamente ese contacto que establecemos con los otros, lo que despliega la capacidad que los seres humanos poseemos desde que nacemos y llevamos durante toda la vida: la capacidad para vincularnos. En la adolescencia los lazos afectivos con los pares se fortalecen, las relaciones de pareja se inician y por ende el acercamiento y la búsqueda de un compañero(a) induce comportamientos y actitudes de conquista y expresión verbal y no verbal hacia éste o ésta. De acuerdo con la perspectiva ecológica aplicada a las relaciones de pareja, autores como Willi (2004) afirman que la felicidad en la relación de pareja depende de la capacidad que tenga el otro de posibilitar la realización del potencial propio y que es necesario sentirse correspondido de forma positiva para permanecer dentro de la misma. Así, las relaciones de pareja adquieren sentido para el ser humano no solo porque facilitan la supervivencia de la especie, sino también porque le proporcionan satisfacción al individuo a partir de lo que el otro u otra hace frente a la forma como el mismo se comporta. Es posible entonces crecer como sujeto en la relación de pareja y alimentar el propio proceso de desarrollo. Boff y Murano (2004) afirman que una forma de expresión con el otro dentro de una relación de pareja es la sexualidad, la cual juega un papel importante puesto que no solo se enmarca en la genitalidad sino que se constituye como una dimensión en la que tanto hombre como mujer se encuentran para relacionarse consigo mismos, con el otro(a), a través del otro(a), por el otro(a) y para el otro(a).

Ser niño(a), joven, adulto(a), anciano(a), hombre, mujer, hijo (a), padre, madre, amigo(a) etc., son formas de existir en el mundo. Sin embargo, como seres humanos con límites no siempre tenemos la capacidad para comprender desde nuestros ojos el comportamiento, las razones y los sentimientos de otros y otras. Tal vez es por esto que se

haya hecho tan complejo el estudio de los y las adolescentes, y se les haya calificado como irresponsables, impulsivos, especialmente vulnerables a riesgos sexuales y con una *marcada carencia de valores*. Quizás estos análisis hayan sido consecuencia de haber mirado con *ojos de adultos* un mundo de significados, valores y sentidos de chicos y chicas, que tal vez requieren ser entendidos desde su mismo lugar en el mundo, desde su propia lógica.

Muchas veces como investigadores(as), nos acercamos a un objeto de estudio desde el margen de la realidad, tratando de mantener la “objetividad”, de no influir o producir cambios en lo que se estudia, para poder entenderlo tal y como es. No obstante, evitar la cercanía con las emociones que viven los y las jóvenes, con sus prácticas y creencias solo limitaría el entendimiento de la complejidad que los envuelve. Rosaldo (1991) desde la antropología, apoya la importancia de entender los comportamientos a partir de las emociones de quienes se comportan, y menciona que “las etnografías que de esta forma eliminan las emociones intensas, no solo distorsionan sus descripciones sino que también descartan variables claves potenciales de sus explicaciones” (p.24). Así pues, para lograr entender al otro(a) se requiere conocerlo(la) y para conocerlo(la) es necesario acercarse a él o ella.

Dicho lo anterior y como parte de un proceso de búsqueda de la complejidad del mundo adolescente y las relaciones afectivas que ellos y ellas viven, nos preguntamos, ¿De qué manera influyen las creencias culturales acerca de ser hombre y ser mujer, en las prácticas, pensamientos y sentimientos de adolescentes entre los quince y los diecisiete años, pertenecientes a estrato dos, en un colegio de la ciudad de Bogotá, en la construcción de las relaciones de pareja heterosexuales?

## 0.2 Justificación

En la cultura latinoamericana, al igual que en cualquier otra cultura, se han construido creencias acerca de cómo se deben comportar hombres y mujeres. González (1999) cita varios estudios sobre estereotipos culturales de género, para decir que estos se hacen evidentes cuando se establecen relaciones con otros y otras e influyen en la expresión de cada persona como ser único y complejo.

El estudio de las creencias alrededor de las relaciones de pareja heterosexuales en los y las adolescentes, representa un asunto de gran importancia ya que es en este momento del ciclo vital en donde se construye y consolida la identidad personal y al mismo tiempo la identidad sexual y de género. De acuerdo con Palacios y Oliva (citado por Palacios, Marchesi y Coll, 2003) la adolescencia inicia con los cambios físicos correspondientes a la pubertad que llevan a la clara diferenciación entre el cuerpo femenino y masculino. De acuerdo con Moreno y del Barrio (2005) este proceso genera impacto en el ámbito psicológico del adolescente, afectando su forma de sentir, de pensar y de comportarse, así como la forma en que se relaciona con otros y otras. Si bien la manera como los y las adolescentes asumen dichos cambios depende de factores individuales y contextuales, se ha encontrado que los efectos psicológicos en ellas implican en ocasiones sentimientos negativos respecto a su propio cuerpo y su aspecto físico; mientras que en el caso de los hombres estos cambios se relacionan con una autoimagen positiva y un mejor estado de ánimo. Por otra parte Pacheco, Rincón, Guevara, Latorre, Enríquez y Nieto (2007), en un estudio acerca de los significados de la sexualidad en adolescentes de Bogotá encontraron que:

*Las significaciones que tienen las adolescentes de la sexualidad están ligadas muy fuertemente a los procesos reproductivos. Además, existe una tendencia a considerar “lo sexual” como negativo o peligroso, ligado a los “riesgos” y consecuencias problemáticas del ejercicio sexual, mismo que se relaciona con el peligro y la culpa y, en consecuencia, juega un papel preponderante en la socialización de las mujeres...(p.50) para los varones el placer se admite e impulsa advirtiendo los*

*peligros para la salud. Los relatos contienen una visión en la que las mujeres son responsables de las consecuencias no deseables del ejercicio sexual, y se percibe a los varones vulnerables. Sus discursos de hacen énfasis en “el cuidarse” para evitar el contagio de ETS (enfermedades de transmisión sexual (p.48)*

De esta manera los autores concluyen que la visión de la sexualidad no es positiva entre las adolescentes y que no está asociada al ejercicio de la autonomía y de los derechos. Además, plantean que se deberían construir significados alrededor de la sexualidad a partir del reconocimiento del otro u otra, teniendo en cuenta aspectos como la afectividad, el erotismo y los derechos.

El desarrollo corporal en la adolescencia y los cambios hormonales propios de esta, hacen que los y las adolescentes experimenten las necesidades y los intereses sexuales de un adulto pero se encuentran ante una sociedad que los juzga al expresarlos. Carrasco (2008) sugiere que “existe una gran brecha entre la madurez biológica y emocional del adolescente pues cuando a los doce años ellas pueden estar preparadas biológicamente para el embarazo, recién a los diecinueve años estarán finalizando la etapa de la adolescencia” (Universidad Andrés Bello, 2008). Lo anterior es una muestra de la perspectiva adulta frente a realidad adolescente, la cual considera que ellos(as) no están en la capacidad de asumir la maternidad o paternidad al igual que una sexualidad responsable. El tema que se aborda en el presente estudio es relevante en la medida en que busca indagar sobre el mundo afectivo de los y las adolescentes desde su propia perspectiva y no desde la perspectiva adulta, que es la que predomina en la mayoría de los estudios realizados y por consiguiente en las propuestas de prevención como programas de educación sexual.

La sexualidad y otros aspectos de la vida humana han sido abordados desde ciencias sociales como la psicología y la antropología, las cuales en muchas ocasiones proporcionan descripciones o explicaciones de los rituales. En este proceso se ha dejado de lado el papel que juegan las emociones en dichos rituales y que de ser tenidas en

cuenta, posiblemente permitirían un entendimiento más completo de estos como lo señala Rosaldo (1991) en su crítica a las etnografías. Teniendo en cuenta lo anterior, se identifica la necesidad de aproximarse a la problemática planteada, resaltando la dimensión emocional que hace parte de las prácticas, creencias e interacciones entre hombres y mujeres adolescentes que construyen relaciones de pareja.

Es importante mencionar que investigaciones como la de Mejía (2000) han indagado sobre los sentimientos de los y las adolescentes frente a su primera relación sexual. A partir de los resultados se concluyó que la mayoría de los participantes expresó haber sentido temor; para las mujeres esta experiencia está asociada a sentimientos de vergüenza y dolor, mientras que para los hombres se encuentra asociada con el placer y la satisfacción. La información obtenida a través de métodos cualitativos, mostró que el temor que manifiestan las mujeres frente a la primera relación sexual se relaciona con la incertidumbre de haber encontrado al hombre adecuado; y en el caso de los hombres, este temor se manifiesta como resultado de una preocupación por su desempeño sexual dada su falta de experiencia. Sin embargo, la presente investigación pretende ir más allá de la primera relación sexual e indagar sobre los sentimientos y emociones que suscitan en los y las adolescentes diferentes aspectos de la sexualidad en pareja.

Por otro lado, es indudable que las estrategias a nivel educativo desde la escuela y la familia en las áreas de educación sexual y afectividad han sido poco eficientes y no han generado un impacto significativo. En Colombia específicamente, en 1994 se incorporó la Educación Sexual como parte del plan de estudios. Con la Ley 115 se hizo obligatorio para instituciones educativas públicas y privadas, cumplir con proyectos pedagógicos estructurados para la Educación Sexual; luego se organizó el “Proyecto Nacional de Educación Sexual” que exigía a dichas instituciones incluir dentro del

Proyecto Educativo Institucional (PEI) actividades y proyectos escolares enfocados en el tema de sexualidad. Posteriormente en 1998 el Ministerio de Salud estableció los lineamientos para la política de la SSR a través de la Dirección General de Promoción y Prevención con la intención de promover el ejercicio de los derechos sexuales y reproductivos en el país (Mejia, 2000).

En 1997 la Corporación Centro Regional de Población (CCRP) preparó la línea de base para el proyecto “Fortalecimiento de los Programas de Salud Sexual y Reproductiva y de Atención Integral al Adolescente en Santa Fe de Bogotá”, el cual buscaba precisamente fortalecer la promoción, el fomento y la protección de la SSR por medio de la educación, la comunicación y la información en cinco localidades de la capital. Sin embargo, durante el proceso se presentaron dificultades en cuanto a la deficiencia de los registros estadísticos, falencias en los programas de participación comunitaria y de atención, entre otras (Mejía, 2000).

Además, las Encuestas de Demografía y Salud realizadas por Profamilia en Colombia, muestran que los índices de fecundidad de mujeres entre los 15 y 19 años pasaron de un número de 70 a 96 nacimientos por cada 1000 mujeres entre 1990 y 1998. Según los datos obtenidos en el año 2005, el uso de MAC descendió de un 84% en el 2000 a un 79% en el 2005 en las mujeres no casadas o con pareja sexualmente activas, entre los 15 y los 19 años. Se considera que este fenómeno es consecuencia de la falta de información y la precariedad de los servicios que ofrece el Sistema de Seguridad Social en Salud. En cuanto al contagio de enfermedades de transmisión sexual (ETS), la encuesta encontró que las mujeres entre los 15 y los 19 años se consideran en menor riesgo de contraer ETS y hay mayor desconocimiento de estas en mujeres entre los 15 y 19 años. Adicionalmente, un estudio de la Universidad Externado de Colombia (s.f) indica que un 44 de cada 100 mujeres menores de 19 años que han quedado en

embarazo se han practicado un aborto; igualmente un 14.5% de mujeres entre los 15 y 17 años. Estas cifras están relacionadas con factores de riesgo como la pobreza, el bajo nivel educativo y la baja cobertura en salud; en Colombia y otros países de Latinoamérica el origen rural se ha convertido también en un factor que aumenta la probabilidad de quedar en embarazo para mujeres adolescentes (Mejía, 2000). Estos resultados permiten concluir que los programas de prevención y promoción de la SSR y los de educación sexual en las instituciones educativas, no están generando el impacto deseado en la población adolescente del país.

No obstante, la necesidad de orientar a los adolescentes hombres y mujeres en el ámbito afectivo y sexual continúa siendo de gran urgencia. Lo anterior se pone de manifiesto a través de los intereses y demandas de los y las jóvenes ante el tema, lo cual se puede observar en el estudio de Ramírez, Gonzáles, Ríos y Cabazos (2006) en el que los adolescentes que participaron manifestaron la necesidad de abordar de forma amplia dichos temas desde la familia.

Por otro lado, estudios realizados en América Latina y el Caribe muestran que el ejercicio de la sexualidad en la adolescencia se ha convertido en un asunto de Salud Pública, puesto que las relaciones sexuales se presentan de forma desprotegida aumentando el riesgo de embarazos tempranos y/o no deseados y el contagio de ETS (Mejía, 2000). Esta problemática se ve reflejada en las cifras estadísticas que se recogen en los siguientes estudios.

La investigación realizada por Mejía (2000) en conjunto con el ICBF, el MEN, SECAB y la Fundación Antonio Restrepo Barco con jóvenes de cuatro ciudades de Colombia (Bogotá, Pereira, Villavicencio y Valledupar), encontró que la edad promedio de iniciación sexual es de 14.97 años para las mujeres y de 13.5 años para los hombres. Según los datos obtenidos, la mayoría de los y las jóvenes de la muestra reporta haber

iniciado su actividad sexual dentro del marco de un noviazgo o una relación con algún tipo de compromiso y afirma que fue resultado de una decisión de común acuerdo. Sin embargo, un 20% de las mujeres señaló que hubo mayor iniciativa por parte del hombre en el proceso de iniciación de las relaciones sexuales y un 23% aseguró que este momento se dio como resultado de la persuasión por parte del hombre.

En cuanto al uso de métodos anticonceptivos (MAC), en 1995 Colombia presentaba cifras altas de conocimiento sobre estos por parte de mujeres entre los 15 y los 19 años con un 98.7% y un 99.8% en mujeres entre los 20 y 49 años de edad. No obstante, los porcentajes de uso de MAC en esta población es tan solo de un 11% en mujeres de los 15 a los 19 años y de un 57% en las mayores de 20 años. Otras cifras obtenidas por Profamilia, MINSALUD y el ICBF, muestran que en Colombia tan solo el 9.5% de los y las adolescentes entre los 12 y los 17 años de edad emplearon algún método anticonceptivo durante su primera relación sexual. Por otra parte, los índices de infección por VIH/SIDA y otras ETS para 1998 indicaban una tasa de incidencia anual del 17.6% en jóvenes entre los 15 y los 19 años. En el año 2000, Mejía encontró que un 50% de la muestra que participó en su estudio reportó conocer los MAC sin embargo su uso fue muy bajo. Según los y las jóvenes, este hecho es consecuencia de la falta de planeación y el carácter sorpresivo de los encuentros sexuales que sostienen; además afirman que el acceso a MAC no es fácil entre otras razones por la vergüenza asociada con su compra (Mejía, 2000).

Dentro de esta investigación, se indagó también sobre aspectos socioculturales del riesgo sexual con los y las jóvenes de las cuatro ciudades seleccionadas. Los resultados muestran que la gran mayoría de ellos(as) consideran que el embarazo en la adolescencia es *muy grave* o *grave*; en el caso de la población des-escolarizada que participó la gravedad de este hecho es menor. Para las mujeres un embarazo no deseado

en este momento del ciclo vital representa pérdidas, en tanto su desarrollo intelectual y personal se ve obstaculizado y se hace necesario interrumpir sus estudios para hacerse cargo del bebé. El hombre por su parte, tiene la opción de no responder por la criatura y los mismos participantes reconocieron que esta situación genera mayores responsabilidades en las mujeres. Sobre las creencias y actitudes frente al VIH/SIDA y las ETS, el estudio encontró que más de las dos terceras partes de la muestra consideraban que no habían estado en riesgo de contraer ninguna de estas enfermedades puesto que confían en las parejas con las que se ha involucrado sexualmente.

Con respecto a las implicaciones de sugerir uso del condón en la relación sexual, el estudio indica que en el caso de los hombres se considera que el uso del preservativo puede interferir con el placer durante la relación sexual, mientras que en el de las mujeres esto puede ser interpretado como que son mujeres fáciles o que desconfían del hombre. En conclusión, aunque el preservativo es reconocido por la población como confiable su uso conlleva juicios de valor fuertes asociados con ETS, SIDA, promiscuidad, etc. (Mejía, 2000).

Las cifras expuestas y las conclusiones de los diferentes estudios mencionados, reflejan algunos aspectos de la vida sexual adolescente y muestran que esta se ve atravesada por creencias culturales que influyen en la forma en la que ellos(as) se relacionan entre sí y expresan su sexualidad. Considerando que este ámbito de la vida humana se manifiesta por medio del cuerpo y el comportamiento, en la presente investigación se indagará por las emociones y sentimientos de los y las adolescentes frente a las prácticas y creencias que surgen en torno a las relaciones de pareja heterosexuales. Al generar un espacio de conversación relacionado con este tema, será posible obtener información desde la perspectiva de los y las jóvenes sobre los significados que le dan sentido a lo que hacen como individuos en relación con otros y

otras y entonces abrir el camino a una mejor comprensión de las dinámicas que se generan entre ellos(as).

### **0.3 Fundamentación bibliográfica**

Como hombres y mujeres, los seres humanos a lo largo de su vida, están inmersos/as en las sociedades y de esta forma, tanto las prácticas individuales como las dinámicas de interacción entre unos y otras se enmarcan en sistemas de valores específicos. Cuando se llega a la adolescencia, los individuos ya han adquirido gran cantidad de información de cómo comportarse y han recorrido un camino importante en el mundo afectivo a través de los aprendizajes que se derivan de la cultura y de la interacción con otros individuos en diferentes contextos, pero es en este momento del ciclo vital en donde se comienza a consolidar la identidad personal, y por lo tanto la forma de ser y de relacionarse con los otros. Parte fundamental de este aspecto es la construcción de relaciones con el sexo opuesto entre pares, lo cual está mediado por múltiples factores culturales, psicológicos, biológicos y sociales que en alguna medida determinan dichas relaciones.

“Todos los procesos de la vida son procesos culturales y todas las personas son seres de cultura, generan cultura y viven a través de la cultura” (Días, 2003, en Rocha y Díaz, 2005 p. 43). Los seres humanos se encuentran inmersos en la cultura desde el momento en el que nacen y en esta medida, la cultura es parte integral de lo que estos son, de cómo se comportan, de lo que piensan y sienten y de cómo construyen relaciones con los otros. Geertz (s.f) lo plantea de forma muy clara: “no existe la naturaleza humana independiente de la cultura. Los hombres sin cultura no serían los salvajes inteligentes del “Señor de las Moscas”...serían monstruosidades inexplorables

con escasos instintos útiles, pocos sentimientos reconocibles y nada de intelecto: casos de canastas mentales” (citado por Rosaldo, 1991. P96).

A partir del momento en el cual el homo sapiens comenzó a utilizar herramientas y se empezó a comunicar a través del lenguaje, la cultura ha sido una constante del desarrollo de la especie, la cual se ha aprendido y transmitido de generación en generación. Por lo tanto, como afirma Harris (2001),

*El aprendizaje es la base de las tradiciones culturales. Aunque la capacidad para adquirir tradiciones fue moldeada por la selección natural y aguardó la evolución de especies más cerebradas, la cultura está codificada en el cerebro, no en los genes... la evolución del pie humano fijó la pauta de la evolución posterior del cerebro humano y el grado excepcional de dependencia humana de la cultura. (p.64).*

La cultura como contexto determinante en la vida de las personas, ha jugado un papel fundamental en la historia, ha estado presente en todos los momentos de esta y por lo tanto, es necesario entender cómo se transmite, se construye, se desarrolla o se perpetúa.

Diferentes autores desde la psicología han intentado dar explicación al desarrollo de la cultura y a la transmisión de esta desde varias posturas. Por ejemplo Moscovici (1984) explica que “las representaciones sociales deberían ser vistas como una forma específica de entender y comunicar lo que ya sabemos” (citado por Saiz, Fernández y Álvaro 2007, p.17) y por lo tanto, se puede considerar que dichas representaciones son una forma de transmitir las tradiciones culturales de unos a otros, es decir que a través de estas se puede explicar el desarrollo de la cultura.

Desde la antropología se hace énfasis en la transmisión de la cultura a través de dos procesos fundamentales: la endoculturación y la difusión, aunque se reconoce que estos no son suficientes para explicar el desarrollo cultural. La cultura a través del proceso de endoculturación, es transmitida de generación en generación, lo que da pautas no solo del comportamiento aceptable dentro del orden social, sino también de

las formas en que es permitido socialmente romper las normas. Cabe aclarar que en la sociedad actual en la que los cambios tecnológicos se dan a grandes velocidades, el proceso de endoculturación no puede explicar por completo gran parte de los estilos de vida de los grupos sociales. De esta forma, “está claro que la replicación de las pautas culturales de una generación a otra nunca es completa. Las antiguas pautas no siempre se repiten con exactitud en generaciones sucesivas y continuamente se añaden pautas nuevas” (Harris, 2001, p. 23). Dicho fenómeno de cambio en la endoculturación ha sido llamado por los teóricos “abismo generacional” a lo cual se refiere Margaret Mead cuando afirma que “hoy en día, en ninguna parte del mundo hay ancianos que sepan lo que los niños ya saben” (citada por Harris, 2001, p. 23). Partiendo de esto, es claro que el proceso de endoculturación puede explicar la continuidad o perpetuación de la cultura, más no su evolución.

Por otra parte, a pesar de que las personas a través de este proceso deben comportarse de una forma determinada, pueden verse obligadas a salirse de dichos parámetros por causa de factores que están fuera de su control, debido en la mayoría de las ocasiones a cambios contextuales para los cuales las generaciones anteriores no estaban preparadas. Por esto, como lo señala Rosaldo (1991),

*...cuando se tienen dudas, la gente aprende sobre sus mundos viviendo con ambigüedad, incertidumbre o simple falta de conocimiento, hasta el día, si es que llega, en que sus experiencias vitales aclaren todo. En otras palabras, a menudo improvisamos, aprendemos con la práctica y solucionamos los asuntos cómo se van presentando...en dichos casos, **las expectativas culturales fijas y las normas sociales no bastan como guía de conducta** ... (p. 92)*

En la evolución cultural, aparte de la improvisación antes mencionada, se tiene que tener en cuenta el proceso de difusión y el impacto de la globalización en la actualidad. El proceso de difusión es entendido como lo que se “importa” de una cultura particular a otra diferente, lo cual hace énfasis en el origen multicultural y en las

influencias externas de la cultura específica en la que las personas se encuentran inmersas (Harris, 2001).

Desde la antropología, Harris (2001) plantea que algunos teóricos adoptan una definición algo restringida de cultura, señalando que esta es una serie de reglas mentales que dictan la forma en que hombres y mujeres se deben comportar y comunicar con los integrantes de una sociedad particular y además conciben dichas reglas como una “especie de gramática de la conducta” y las acciones derivadas de ellas como fenómenos de carácter social más que de carácter cultural. Por su parte el autor define la cultura como “el conjunto de tradiciones y estilos de vida, socialmente adquiridos, de los miembros de la sociedad, incluyendo sus modos pautados y repetitivos de pensar, sentir y actuar” (p. 19-20). Por otro lado, Rosaldo (1991), otro antropólogo, plantea una definición más vanguardista desde la cual considera que, contraria a la definición clásica, “la cultura también puede ser concebida como una formación más poderosa de intersecciones donde los procesos se entrelazan dentro de los límites o más allá de éstos” (p. 31) y dichos límites pueden estar enmarcados por diferentes variables como la edad, el género, la clase social, la raza y la orientación sexual, los gustos, entre otros.

La UNESCO desde su fundación ha definido a la cultura enriqueciendo la definición desde la antropología como “el conjunto de los rasgos distintivos, espirituales y materiales, intelectuales y afectivos que caracterizan a una sociedad o grupo social y que abarca, además de las artes y las letras, los modos de vida, las maneras de vivir juntos, los sistemas de valores, las tradiciones y las creencias” (Mattelart, 2006, p. 19).

Todo lo anterior permite identificar aspectos fundamentales que hacen parte de la cultura y por lo tanto de la vida cotidiana de las personas. Así, las tradiciones, la política, las artes, el espacio físico, el lenguaje y específicamente los idiomas, las creencias religiosas o espirituales, la cosmología, los sentimientos, los pensamientos y

las emociones, los gustos, los significados, las formas de comportarse, son la cultura en la que hombres y mujeres están inmersos a cada momento de su existencia. No se puede pensar en un momento en el que sea posible estar externos o externas a la cultura o que esta no haga parte de la vida de todos y todas.

A pesar de que la sociedad en general se apropia, deconstruye y reconstruye la cultura en la medida en que se comporta en la vida cotidiana, haciendo de ésta un patrimonio de la sociedad completa, el establecimiento de nuevos parámetros culturales está asociado a factores de poder, y por consiguiente estos son originados en las élites tanto económicas como políticas aunque interpretados y adoptados por la sociedad completa y de esta forma, es importante entender como dichos factores influyen en el comportamiento de las personas y en la forma en que establecen relaciones. Entre los generadores actuales de patrones o referentes culturales se encuentran los gobiernos a través de las leyes, los grandes poderes económicos, las iglesias y con mayor influencia en el mundo de los adolescentes los medios de comunicación, a través de los cuales, estos en parte, construyen su identidad (música, series de televisión, etc.).

Los medios de comunicación propenden por el conocimiento y apropiación de nuevos referentes o estereotipos culturales, contribuyendo a ampliar los marcos de referencia y las mentes de los sujetos, particularmente de los adolescentes. A partir de la globalización y la penetración de los medios de comunicación las fronteras culturales se desdibujan y por ende se amplían los referentes culturales (Jansson, 2000). Así, los medios de comunicación son un componente fundamental para crear y alimentar comunidades culturales en relación con los grupos sociales ya diferenciados. “A través de los usos de los medios de comunicación a tales tipos de grupos se les han otorgado los materiales culturales adecuados para reforzar un sentido de identidad cultural compartida...la gente se vuelve parte de una comunidad imaginada” (Jansson, 2000, p.

74). A pesar de que las audiencias de los medios de comunicación masiva no comparten socialmente, estos están influenciados por un mismo marco de referencia en lo que tiene que ver con la información que a través de dichos medios se transmite.

Se han realizado en todo el mundo estudios sobre la influencia de los medios de comunicación en el comportamiento de hombres y mujeres, lo cual ha dado como resultados que efectivamente esta relación existe, aunque no se ha encontrado en forma causal. Sandoval (2006) señala que la televisión es el medio que más incidencia tiene en la vida cotidiana, ya que los adultos y los adolescentes de hoy han crecido en conjunto con este mercado particular y que por lo general dicha influencia es de carácter negativo. De esta manera, “la televisión se ha convertido gradualmente en el medio de comunicación más influyente en el desarrollo de diferentes patrones de comportamiento de las audiencias” (p. 206). A este respecto, la autora expone que si se ha encontrado a través de las investigaciones una relación causal entre los estereotipos mostrados en la televisión y la forma en que los individuos analizan el mundo y construyen expectativas, aunque no directamente con sus prácticas cotidianas.

Jansson (2000), plantea que la influencia de los medios de comunicación en la formación de identidades culturales puede darse en una variedad de formas: por un lado el autor explica que los referentes culturales pueden apoyar el cambio pero también la reproducción de las identidades culturales constituidas, incluyendo las prácticas, los imaginarios y las formas de expresión afectiva entre los sujetos que están expuestos a estos.

Lomas (2005) llama la atención sobre cómo se recibe la información transmitida por los medios de comunicación y cómo esa información se traduce en una influencia directa en el comportamiento de las personas en su vida cotidiana. Para esto, el autor se

vale de la televisión como medio de comunicación y de los estereotipos de género como ejemplo:

*La televisión transmite a las audiencias el espejismo de la información objetiva cuando no es sino una herramienta utilísima al servicio de la construcción de mitos, símbolos, ideologías y estereotipos sociales y sexuales. Bajo la apariencia de la objetividad, la televisión escamotea la realidad: la imagen deja así de reflejar la realidad y, en sutil paradoja, es esa realidad la que se esfuerza en parecerse a la imagen. Dicho de otra manera: los arquetipos femeninos y masculinos que crean, recrean y difunden a todas horas los programas de la televisión no son la realidad, sino el efecto de una mediación sobre esa realidad y de la exhibición (y de la ocultación) de unos u otros atributos asignados a unas u otras personas (p. 259).*

La interacción de los individuos con los medios de comunicación es en última instancia la explicación de la influencia de estos en la vida cotidiana de las personas y en el desarrollo de referentes o estereotipos culturales.

Otro de los factores importantes a tener en cuenta en la creación de estereotipos o referentes culturales, y por lo tanto en las prácticas y creencias cotidianas de los adolescentes es la influencia de la religión. En general y desde la antropología, “aunque las condiciones infraestructurales y estructurales proporcionan medios para comprender el origen de creencias y rituales específicos, la religión frecuentemente tiene un papel crucial en la organización de los impulsos que conducen hacia importantes transformaciones de la vida social” (Harris, 2001, p. 342). Por otro lado, desde la antropología filosófica, Lorite (1982) plantea que

*La iglesia como institución, no es solo un pensamiento teórico, teológico (ya en si mismo bastante complicado para que el mismo fiel pueda aspirar a algo más que a obedecer), también es una práctica, un ejercicio absoluto del poder. En la confluencia de la teoría (eterna) y de la práctica (temporal) se tejen las normas (a-espaciales) de la afección y de la sexualidad de la familia, de las leyes de mercado (intereses, préstamos....), las divisiones de imperios (Tratado de Tordesillas...) etc., todo lo que es la cotidianidad más minuciosa de millones de personas durante largos siglos. La recompensa prometida para los que creen –para los que entran en el círculo de la obediencia- es la eternidad (un tiempo sin tiempo), después de una resurrección que permitirá el gozo divino (en un espacio sin lugar) (p. 61).*

Aunque por ejemplo Colombia es un país en el que se promueve la libertad de culto, la religión católica es la predominante culturalmente y de acuerdo a esto, se dictan una serie de reglas o normas aceptadas desde allí y que median el comportamiento de las personas con dicha afiliación. En este sentido, la religión católica, apostólica y romana hace referencia a como se debe querer a la pareja, a como se debe hacer uso del cuerpo, a como se debe expresar lo que se siente, a como es correcto relacionarse con otros, etc.

De todo lo anterior se puede decir que la cultura y la creación de estereotipos culturales tienen múltiples funciones en la vida cotidiana de las personas. Se ha hablado de la influencia que dichos estereotipos tienen desde las esferas de poder, pero Gonzales (1999) plantea dos funciones importantes de estos para las personas en su desempeño cotidiano:

*Entre las funciones que cumplen los estereotipos, la más importante es su valor funcional y adaptativo, pues nos ayudan a comprender el mundo de manera simplificada, ordenada, coherente, e incluso nos facilitan los datos para una determinada predicción de acontecimientos venideros. Es, en definitiva, un claro servicio que supone un ahorro de esfuerzos analíticos y sobretodo del tiempo y las preocupaciones que nos supondría el tener que enfrentarnos a un medio social siempre desconocido y novedoso, desordenado y caótico, y tener que buscar en él los datos que nos ayuden a dominarlo y adaptarnos... Los estereotipos tienen otra función muy importante para la socialización de un individuo: facilitan la identidad social (la conciencia de pertenecer a un grupo social) ya que el aceptar e identificarse con los estereotipos dominantes en dicho grupo es una manera de permanecer integrado a él” (p 80-81).*

Así como los seres humanos pertenecen a una cultura, esta afecta los diferentes roles que cada individuo asume en la vida cotidiana y la forma como los desempeña. De esta manera las personas asumen roles, los cuales aprenden en la interacción con la cultura y con los otros en diferentes contextos: aprenden a ser hombres y mujeres, hijos (as), padres y madres, hermanos (as). Al respecto, Lomas (2005) cita a Simone de Beauvoir (1949) cuando escribió que «la mujer no nace, se hace». El autor explica con respecto a la creación de estereotipos y específicamente a los estereotipos de género que

*En efecto, los seres humanos somos como somos (y quienes somos) como consecuencia del influjo de una serie de mediaciones subjetivas y culturales (el origen sexual, el lenguaje, la familia, la instrucción escolar, el grupo de iguales, el estatus económico y social, las ideologías, los estilos de vida, las creencias, los mensajes de la cultura de masas) que influyen de una manera determinante en la construcción de nuestras identidades. Es decir, al sexo inicial de las personas se le añaden las maneras culturales de ser hombres y de ser mujeres en una sociedad determinada. En consecuencia, la construcción de las identidades masculinas y femeninas en las sociedades humanas no es sólo el efecto natural e inevitable del azar biológico sino también, y sobre todo, el efecto cultural de la influencia de una serie de factores familiares, escolares, económicos, ideológicos y sociales. Hombres y mujeres somos diferentes no sólo porque tengamos un sexo inicial distinto, sino también porque nuestra socialización es distinta (p. 262).*

Tradicionalmente los roles de género han designado unas características y formas de actuar y expresarse diferentes para hombres y mujeres. El estereotipo de mujer asociado a un factor biológico como la maternidad reforzó constantemente el hecho de que las mujeres se dedicaran a cumplir con el papel de madre en la familia, y se construyeran metas de vida alrededor del mismo, propiciando así el distanciamiento de la vida pública (Robledo y Puyana, 2002); mientras que el estereotipo de hombre asociado a la fortaleza física, reforzó el hecho de que éstos realizaran un trabajo cargado de esfuerzos intensos (asociados al atributo necesario de la masculinidad), y por consiguiente se desempeñaran en la vida pública, lo cual requiere además de una notable capacidad racional e intelectual (Castellanos y Accorsi, 2002). García (2003) hace énfasis en los rasgos asociados a la condición femenina como la dulzura, la atención y el entendimiento de los otros, la prolijidad, el orden, la quietud y la posibilidad de expresar las emociones, cualidades opuestas a los varones a quienes se les atribuyen rasgos como la valentía, la inquietud, la racionalidad, el ser intrépidos y la limitación de la expresión emocional.

Estas caracterizaciones tienen implicaciones tanto para hombres como para mujeres a todo nivel. En el ámbito afectivo, para los hombres esto inevitablemente ha

constituido un alto costo emocional, ante lo cual Kaufman compilado por García (2003) establece que como parte de las formas de masculinidad, la mayoría de las emociones son interiorizadas y canalizadas a través de una única vía: la ira. La violencia se convierte en un mecanismo de compensación y regulación emocional que además de ser catártico, juega un papel de afirmación del estereotipo alrededor del poder y el control típicos de la masculinidad. La razón de lo anterior reside en la constante invalidación cultural del resto de las emociones como propias de los varones, desarrollando así un silencio para el lenguaje emocional y un bloqueo de la capacidad empática. Se destaca que

*“...las inseguridades personales conferidas por la incapacidad de pasar la prueba de hombría, o simplemente por la amenaza del fracaso, son suficientes para llevar a muchos hombres, a un torbellino de miedo, asilamiento, ira, autocastigo, autorrepudio y agresión”* (García, 2003, p.10).

Complementando lo anterior, Hardy y Jiménez (2001) plantean que poder y control son unas de las características clave de la masculinidad, lo cual significa también ejercerlos sobre los sentimientos, emociones y necesidades afectivas que llevan a la contención, puesto que en caso contrario generaría el temor de ser asociado a características femeninas que son rechazadas y representaría una vulneración de la masculinidad. Como antítesis, Robledo y Puyana (2002) plantean que las mujeres aparecen como las que experimentan el mundo de las emociones, las cariñosas y con mayor fortaleza emocional, además de asociar su capacidad afectiva con la función materna, dado que involucra la protección, el cuidado, el servicio y la capacidad de brindar afecto infinito hacia los otros.

A partir de la modernidad y a raíz de algunos movimientos sociales como el feminismo y de condiciones particulares del contexto social como la pobreza y el desempleo, los roles tradicionales de género se han desdibujado provocando una resignificación de los mismos y cambios en las dinámicas de interacción entre hombres

y mujeres. Así, en la actualidad algunos hombres han asumido tareas tradicionalmente femeninas, como el cuidado de los hijos, mientras que algunas mujeres han desempeñado actividades tradicionalmente masculinas como el trabajo fuera del hogar, lo que a su vez ha generado cambios en las relaciones entre ambos.

Viveros (2001) en su estudio sobre masculinidad, hace referencia a Connel (1997) y Kimmel (1997), para describirla como un proceso de construcción individual y colectivo que se da a partir de la interacción con la sociedad y la experiencia individual. Señala que es una categoría cuyo significado es transformable y cambiante y que puede ser concebida como una “manifestación histórica, social y cultural” (p. 53). En dicho proceso participan variables como la clase social, la etnia y la generación a la cual se pertenece, haciendo de éste una tarea aun más compleja que resulta en múltiples formas de ser hombre. Lo descrito anteriormente se puede trasladar a la categoría de feminidad, considerándola de igual manera como una obra inacabada que cada mujer como artista va construyendo y elaborando a lo largo de su historia, a partir de la interacción con su entorno. Así mismo, al estar atravesada por diferentes variables sociales se puede decir que esta categoría se manifiesta de diversas formas.

La masculinidad y la feminidad están sujetas a cambios y transformaciones, Legarde (1997) afirma que el fin del milenio está marcado por una “ruptura de un orden masculino-femenino, de sentido y contenido patriarcales y mistificado como eterno y natural” (p.111). Las mujeres de finales del siglo XX logran sincretizar experiencias y cualidades consideradas masculinas, lo cual representa el fin del antagonismo de los géneros y el comienzo de nuevo orden entre los mismos. Los hombres por su parte, pierden ciertos atributos que tradicionalmente los habían caracterizado y no adquieren ni desarrollan aquellos que corresponden a las feminidades. Esto los lleva a buscar preservar su masculinidad a través de la dominación como alternativa frente al cambio.

No obstante Legarde (1997) afirma que se vislumbra un nuevo paradigma, una “urdimbre social basada en la equivalencia entre los seres humanos y las seres humanas, en la igualdad no solo entre semejantes, sino entre diferentes que no sean antagónicos no complementarios, sólo diversos y equiparables” (p. 112).

En relación con lo anterior, Viveros (2001) plantea que la “crisis de la masculinidad” en América Latina está relacionada con cambios de orden social, económico e ideológico, que se reflejan en la inserción de las mujeres en el ámbito laboral, lo que a su vez transforma las dinámicas familiares, el funcionamiento de la vida cotidiana y los roles sexuales. En Colombia específicamente, la adjudicación de los derechos políticos a hombres y mujeres a partir de la Constitución de 1991, la disminución del promedio de hijos que tienen las mujeres y la posibilidad de trabajar de la las mismas, ha movilizad las formas de interacción entre ellos y ellas.

Dentro del marco de las interacciones entre hombres y mujeres surgen las relaciones de pareja. Estas representan una forma de vínculo que se manifiesta de maneras distintas dependiendo de características propias del contexto y de cada individuo y que se encuentra atravesado por emociones y sentimientos. Willi (2004) propone concebir las relaciones de pareja como una oportunidad para lograr la realización del potencial personal. De esta manera, las relaciones amorosas constituyen una fuente de crecimiento individual, “la pareja ofrece el espacio, el refugio, en el que la persona despliega sus posibilidades íntimas” (p. 37).

Coddou y Méndez (2002) por su parte, consideran que en algunos casos la relación de pareja implica un cambio de la identidad del yo hacia la identidad del nosotros. Entonces, a partir del enamoramiento se asume un compromiso que transforma la configuración de la vida del individuo, quien se proyecta hacia el futuro con base en dicho cambio de identidad. Sin embargo, puede ser que no se dé el cambio

del “yo” al “nosotros” y que la vida del sujeto siga su curso sin que se vea afectado por la presencia de otro en ella. Por último, resaltan que la construcción de una relación entre dos seres humanos es de un grado de complejidad tal, que sería injusto limitar su concepción intentando enmarcarla bajo un modelo de normalidad.

El establecimiento de vínculos entre seres humanos como necesidad biológica, los hace a su vez seres sociales. La importancia de esto radica en que a través de dichos vínculos hombres y mujeres generan un sentido de pertenencia que les permite darle sentido a su vida. Como parte de la interacción y construcción de dichos vínculos entre unos y otras, surge la sexualidad como aspecto relevante. Gastaldi (1994) sugiere que esta no es algo que tenemos o que vayamos a tener, sino algo que somos, “la sexualidad lo invade todo: marca la psicología, colorea las relaciones humanas, informa, impregna y configura nuestra personalidad...no hay un solo aspecto del hombre que escape a la impronta de la sexualidad” (p127), ya que “la sexualidad es la forma en la que cada cual expresa, comunica, siente, intima, da y recibe placer con la palabra y los cinco sentidos de su cuerpo sexuado” (Hernández y Jaramillo, CIDE, s.f).

Este aspecto de la vida humana se manifiesta en todos los niveles de la existencia, es decir, en lo corporal, lo afectivo, lo espiritual y lo social, y por esta razón, se puede, también relacionar, con valores, normas e imaginarios sociales expresados a través de los estereotipos culturales de género que determinan, en gran medida, la concepción general que las personas tienen de esta y en última instancia las interacciones entre ellas, particularmente las referidas a las relaciones de pareja. La sexualidad se transmite y se comunica a través del cuerpo, antropológicamente este se entiende como unidad psicosomática, es decir, no tenemos cuerpo, sino que somos cuerpo y así, cada cuerpo, es decir cada uno, está penetrado de subjetividad... “De este modo, el cuerpo y no solo la palabra, es lenguaje, interioridad que se manifiesta. Es

como el idioma común para entrar en comunicación con los demás. Tanto es así que la sola presencia muda puede ser un lenguaje sumamente intenso (Gastaldi, 1994 p121).

De acuerdo con Gil (2001), el cuerpo constituye además un medio a través del cual se expresa abiertamente el ser tanto en hombres como en mujeres; el cuidado, la moda, el trabajo y el deporte son algunas de las practicas que le permiten al sujeto expresar su identidad para lograr “convencer a los demás de la propia existencia e importancia de uno mismo” (p. 40). Para el autor la identidad constituye el vínculo que se establece con otros a partir de la expresión corporal. De esta manera, la identidad del ser humano se manifiesta en diferentes comportamientos y puede variar dependiendo del contexto, la edad y el género. También existen identidades colectivas como la raza, la religión, la nacionalidad, etc., que le ofrecen unidad y constancia al sujeto y además lo liberan de la responsabilidad y el dilema que representa definir su propia identidad. Durante la juventud por ejemplo, la identidad puede expresarse a través de comportamientos como el beber, fumar, escuchar música, enamorar, sin embargo es probable que algunas de estas actitudes se transformen con el tiempo y dejen de presentarse una vez llegada la vida adulta.

Asumiendo el cuerpo como instrumento de significación de la sexualidad, el cuidado de este hace parte de las prácticas que surgen en torno a ella. Dichas prácticas se entienden desde dos perspectivas distintas: el cuidado propio o autocuidado y el cuidado hacia otros y otras, y además ha sido considerado un valor inherente a la conservación de la vida. Velásquez (2006) define el cuidado como un valor que “no solamente está relacionado con la reacción instintiva de protegerse en forma individual o grupal ante un agente externo amenazante, sino que se trata de una acción consciente, concertada, premeditada, con hondas bases filosóficas” (p.136), y cuando el cuidado es

hacia otros, este “implica una actitud de preocupación, responsabilidad y compromiso afectivo con las necesidades de otro ser humano” (p. 138).

La teoría del autocuidado planteada por López y Guerrero (2006) sugiere que es necesario considerar los requisitos de este en el transcurso de la vida de las personas. Entre los requisitos de autocuidado mencionados por las autoras se encuentran la satisfacción de las necesidades básicas (alimentación, abrigo, techo, aseo personal, soledad e interacción social, reposo y actividad...), la satisfacción de necesidades relacionadas con el desarrollo (como las propias del crecimiento y desarrollo físico y psicológico, desde el momento del nacimiento hasta la vejez y muerte) y las propias de la aparición de procesos de salud y enfermedad (como el cuidado por parte de personal asistencial, la adhesión a los tratamientos y la aceptación de las nuevas condiciones propias de la enfermedad). Desde esta óptica, específicamente en la adolescencia, influyen unos factores más que otros y sobre todo los relacionados con la definición de la autoimagen y el autoconcepto, como por ejemplo, la aceptación e interiorización de los cambios corporales propios de la pubertad, el interés por el sexo opuesto y por lo tanto el inicio de las relaciones de pareja y/o afectivas, al igual que el inicio de las relaciones sexuales, las prácticas de socialización con pares y sus implicaciones en la consolidación de una identidad propia, entre otras.

Para los adolescentes, la significación que ellos hacen del cuidado es diferente a la que hacen los adultos. Pacheco, Rincón, Guevara, Latorre, Enríquez y Nieto (2007) afirman que: para las mujeres adolescentes, el constructo social sobre el cuidado es en términos generales abstracto y no se habla de él frecuentemente. A pesar de esto, para ellas, el cuidado tiene varios significados. Por una parte, está relacionado con la prevención hacia los hombres como grupo identitario que está demandando de las mujeres permanentemente involucrarse con ellos de forma sexual, por lo tanto “cuidarse

a esta edad, significa identificar ese grupo y resistir a sus demandas”. Por otro lado, cuidarse también implica “preservar la virginidad y no tener relaciones sexuales para evitar el embarazo”, y por lo tanto el romper con esto implica una sanción social y una interrupción o un obstáculo para la realización del proyecto de vida al quedar embarazadas. Por otra parte, para los hombres es aceptable el placer y el hecho de tener relaciones sexuales tomando las prevenciones necesarias para la conservación de su salud, por lo cual el cuidarse está vinculado a la prevención de ETS y no tiene ninguna vinculación con la prevención de embarazos, ya que se considera que la responsabilidad de dicha prevención, así como de la crianza es de las mujeres. Así, “ Los relatos contienen una visión en la que las mujeres son las responsables de las consecuencias no deseables del ejercicio sexual, y se percibe a los varones como vulnerables... Ellos siempre se ven como sanos y a sus parejas como posibles transmisoras, con base en estereotipos de género y en relaciones de poder desiguales que construyen significaciones que no permiten asumir el propio cuidado ni el de sus parejas.” (p. 48)

Desde la perspectiva del ciclo vital, Moreno y del Barrio (2005) afirman que la adolescencia se puede entender como “la transición entre la niñez y la edad adulta” (p. 15). Considerando la complejidad del desarrollo humano, las autoras señalan que este proceso se ve atravesado por factores biológicos característicos de la especie, por condiciones contextuales y cambios (psicológicos y de socialización) que corresponden a la situación particular de cada individuo. En la adolescencia se presentan cambios físicos tanto en hombres como en mujeres como la aparición del vello facial y el cambio de voz en los hombres, el crecimiento de los senos y el ensanchamiento de las caderas en las mujeres, que influyen en la forma como el individuo se expresa corporalmente y la manera como se relaciona con otros.

Entonces, dentro de un marco de múltiples transformaciones, los y las adolescentes emprenden un camino hacia la construcción de su identidad y autoconcepto, el cual está influido por factores culturales. Oliva (citado por Marchesi, Palacios y Coll, 2003) plantea que en este estadio se comienzan a “adoptar algunos compromisos de carácter ideológico y religioso” (p. 471), se define la orientación sexual y se elige un estilo de vida. También, se empieza a interiorizar la nueva imagen corporal dentro del concepto de si mismo, lo cual requiere que los nuevos rasgos se incluyan dentro de la nueva configuración del cuerpo adulto que ellos y ellas han desarrollado. Así, al comienzo de la adolescencia las definiciones que se construyen alrededor del si mismo involucran en su mayoría características físicas y corporales; posteriormente estas descripciones le abren paso a rasgos relacionados con las creencias, la filosofía de vida, proyecto de vida, etc. Lo anterior le permite al sujeto integrar diferentes elementos como parte de su identidad y en esa medida impregnar sus acciones de significado.

Adicional a los cambios ya mencionados que se presentan durante este estadio, la adolescencia también está marcada por el inicio de las relaciones de pareja. De acuerdo con los planteamientos de Palacios y Oliva (citado por Marchesi, Palacios y Coll 2003) es entonces cuando se incrementa el impulso sexual y los y las adolescentes manifiestan un interés particular por acercarse hacia al sexo opuesto. El autor (citado por Marchesi, Palacios y Coll, 2003) hace referencia a Furman y Wehner (1994) para señalar que las relaciones amorosas en la adolescencia suplen necesidades sexuales, de afiliación y de apego y le permiten al sujeto dar y recibir apoyo de otros.

El lugar de socialización por excelencia de los y las adolescentes es la escuela. Este contexto se caracteriza por ser un espacio en donde la cultura se recrea y se reproduce continuamente. Pérez (1995) citado por García (2003) afirma que en la escuela

*... Se configura un vivo, fluido y complejo intercambio de mensajes, costumbres y creencias de las culturas pública, académica, social, escolar, de los medios de comunicación y también de la cultura privada de los y las estudiantes. En la escuela, considerada como ecología de culturas, interactúan de manera dinámica y contradictoria, entonces, significados e imágenes de género provenientes de las distintas narrativas y prácticas académicas desarrolladas históricamente y sedimentadas en nuestra tradición cultural, y la mediación que de tal cultura hace la escuela con fines pedagógicos; los consumos culturales y simbólicos globalizados por los medios de comunicación masiva, y las mediaciones que se hace de ellos en el grupo familiar y las culturas juveniles; las tradiciones, rituales y prácticas propias de la institución escolar y de los y las docentes y directivas; y los imaginarios de género construidos por los y las estudiantes en el marco de su experiencia previa y paralela a la escuela, entre otros aspectos (p. 102).*

El Proyecto arco iris (2003) establece que dentro del ámbito escolar se configuran los imaginarios de lo masculino y lo femenino a través del uso cotidiano del lenguaje. Las imágenes de género, las relaciones de pareja y la sexualidad, se asumen como naturalizadas, excluyentes y jerarquizadas, que además han sido construidas histórica y culturalmente, son recreadas y legitimadas continuamente en las conversaciones. “Las personas que asisten a la escuela articulan y emplean las imágenes de género para darse sentido a sí mismas como seres sexuados, para entender los acontecimientos escolares, y con base en ellas juzgar el comportamiento de sus semejantes” (García, 2003 p. 102).

Se destaca que la idealización del género (asumido como dispositivo pedagógico) se respalda en la concepción de que el modo de ser hombres y mujeres corresponde a conceptos excluyentes y opuestos, además de constituirse en lo “naturalmente dado”, es decir, que en la anatomía de los cuerpos reside la primera característica para la atribución de identidad de género, originando el ajuste de los comportamientos y la forma de relacionarse entre ellos y ellas, bajo el acatamiento de los preceptos surgidos a partir de allí. De esta forma, es usual encontrar en la escuela, que los juegos de las niñas más pequeñas están centrados asumir un rol materno y de esposa que legitima su feminidad a través de los cantos y las dinámicas de las

conversaciones. En cuanto a los adolescentes temas como el desempeño en los oficios domésticos son recurrentes entre los grupos de chicas, mientras que en ellos, las actividades físicas que implican fortaleza, competitividad y el liderazgo en actividades académicas o regulación estudiantil son aprobadas por los compañeros(as), y por el contrario se manifiesta desprestigio cuando una mujer intenta asumir estos roles.

. Las mujeres por Los imaginarios de género en cuanto las relaciones de pareja y la sexualidad en la escuela explicitan que los hombres incluyen imágenes de pareja y sexualidad basadas en las actitudes y percepciones del cuerpo femenino como objeto de deseo, satisfacción sexual y genital (objetivación), mientras que en ellas se emiten actitudes de corte más afectivo y erótico. Los hombres tienden a centrar sus estimaciones hacia las mujeres principalmente en atributos físicos, dejando de lado componentes intelectuales, afectivos y de personalidad. El contrario, tienden a expresar ampliamente sus emociones y afectividad asumiendo el imaginario de hombre desde una perspectiva más romántica.

En las relaciones de pareja las dinámicas entre las jóvenes denotan una postura de dependencia y sumisión con respecto al género masculino. Para ellas existe una restricción de otros ámbitos como el social (salir con amigas, y tener otras actividades a parte de salir con sus parejas), lo que pone de manifiesto una imagen de las relaciones afectivas que atribuye la seguridad y control a los hombres. Así, mientras se concibe como natural que ellos disfruten de una vida social activa en donde se relacionan con amigos y amigas en diferentes contextos, ellas se muestran impedidas para gozar de mayor actividad social en contextos que no sean femeninos y que generalmente es en donde la mayoría del tiempo interactúan. A partir de lo anterior, García (2003) concluye que:

*...se desarrolla un aprendizaje de roles diferenciales en el que ellas empiezan a asumir con sus novios el papel de amas de casa, con una vida social*

*limitada a la pareja y controlada por esta, se trata de una especie de control masculino sobre las esferas públicas y privada de la vida de ambos. No obstante esta situación de dominio entra en crisis en la medida en la que las chicas abandonan la postura comprensiva y sumisa, y pasan a otra autónoma de afirmación de subjetividad social y sexual, pero sus parejas permanecen en la postura inicial, lo que imposibilita cualquier renegociación del pacto amoroso (p. 121).*

En complemento, Sánchez (2002) establece que las concepciones alrededor de la sexualidad de los y las jóvenes se enmarcan en torno al “*deber ser tradicional*” y de esta manera, las mujeres deben hacerse las difíciles para la conquista, el amor romántico es el criterio que guía una relación sexual o de pareja, la fidelidad y el poco conocimiento acerca de temas de sexualidad son características que le proporcionarán respeto y aprobación por parte del género masculino. Por el contrario, ellos deben ser concedores de las técnicas de seducción e insistencia que faciliten que las mujeres accedan a tener relaciones sexuales. El conocimiento y la experiencia sexual en los hombres constituyen una característica que refuerza su masculinidad, puesto que es a ellos, es a quienes corresponde el papel de proponer. García (2003) respalda lo anterior, señalando que se define a los hombres como siempre disponibles sexualmente, caracterizados por poseer sexo erótico inagotable y a las mujeres como incitadoras del placer. Las habilidades sexuales circunscriben a los hombres como prestigiosos, con poder y aprobación de sus pares, mientras que para las mujeres la habilidad y la experiencia sexual se convierte en una fuente de desprestigio social, por lo que tienden a mostrarse como recatadas para evitar ser excluidas o irrespetadas. Deben mostrarse además como cuidadoras de su imagen física y complacientes, con el objetivo de lograr despertar el deseo en los hombres y adquirir el privilegio de conseguir pareja.

Por último, se resume que en la cultura se gestan los aprendizajes de maneras de pensar, actuar y sentir, de relacionarse con otros(as), consigo mismo y con el entorno. Como tal, la adolescencia, representa un momento del ciclo vital en el que confluyen las

creencias alrededor de los otros (as), el inicio de la historia en pareja, las formas de interactuar y en general los cambios biológicos psicológicos y sociales que le dan un lugar a los y las jóvenes en el mundo.

## **0.4                   Objetivos**

### **0.4.1 Objetivo general**

Identificar de qué manera influyen las creencias culturales acerca de ser hombre y ser mujer en las prácticas, pensamientos y emociones en las relaciones de pareja heterosexuales de 20 adolescentes entre los quince y los diecisiete años de edad de estrato dos en un colegio de la ciudad de Bogotá.

### **0.4.2               Objetivos específicos**

0.4.2.1 Indagar sobre los pensamientos de los y las adolescentes en torno a los roles de género, especialmente en las relaciones de pareja heterosexuales.

0.4.2.2 Evidenciar qué prácticas son usuales entre los y las adolescentes en torno a sus relaciones de pareja siendo estas heterosexuales.

0.4.2.3 Identificar que sentimientos y emociones generan en los y las adolescentes sus prácticas a partir de sus relaciones de pareja, siendo estas heterosexuales.

0.4.2.4 A partir de los pensamientos, las prácticas y los sentimientos y emociones de los y las adolescentes con respecto a sus relaciones de pareja, propiciar un espacio de discusión que les permita construir nuevos aprendizajes a partir de la narración de sus propias experiencias.

## **0.5 Descripción de categorías**

0.5.1 Roles tradicionales de género: Se definen como creencias culturales acerca de los atributos y comportamientos de hombres y mujeres. Más específicamente los roles de género *“son las creencias, representaciones y prescripciones sociales que surgen entre los integrantes de un grupo humano en función de la interpretación y valoración que se hace de la diferencia anatómica entre hombres y mujeres...una construcción social que se da a partir de la endoculturación, la difusión y la influencia de los medios de comunicación y las interacciones sociales”* (Rocha y Díaz, 2005 p. 42).

0.5.2 Prácticas en las relaciones de pareja: las acciones que los y las adolescentes realizan en el ámbito de las relaciones de pareja.

0.5.3 Sentimientos en las relaciones de pareja: los diferentes sentimientos, como alegría, temor, amor, etc., que experimentan los y las adolescentes asociados a las relaciones de pareja.

0.5.4 Pensamientos con respecto a las relaciones de pareja: las ideas que los y las adolescentes tienen frente a las relaciones de pareja y a los roles tradicionales de género.

0.5.5 Relaciones de pareja en adolescentes: como resultado del aumento del impulso sexual durante la adolescencia, se empieza a manifestar un interés por el otro sexo (Oliva, 2003). Así, se entiende por esta categoría cuando un adolescente hombre y una adolescente mujer entablan una relación, mediada por la atracción sexual, que puede llevar o no a relaciones sexuales entre ambos.

## 1. Método

### 1.1 Diseño.

El diseño de la presente investigación se enmarcó dentro del método narrativo, el cual constituyó una forma de abordar el objeto de estudio a través de relatos de experiencias vividas de las personas. Se encontró pertinente porque desde las narraciones orales, los sujetos hablaron sobre experiencias vividas durante su adolescencia en el ámbito de las relaciones de pareja. El alcance del estudio fue de tipo descriptivo ya que a partir de los datos arrojados por las narraciones, fue posible tener una visión desde las y los adolescentes con respecto a las relaciones de pareja, las cuales pudieron dar respuesta a la pregunta planteada teniendo en cuenta las diferencias de género.

Fernández, Hernández y Baptista (2006) citando a Creswell (2005) señalan que el diseño narrativo puede referirse a un pasaje o época o a uno o varios episodios vividos por un individuo o grupo. Los mismos autores destacan que entre los elementos más importantes de este diseño “*son los datos narrativos que lo constituyen las experiencias personales, grupales y sociales de los actores o participantes*” (p.606).

La recolección de información se hizo a través de grupos focales, definidos por Fernández *et al.* (2006) como “*reuniones de grupos pequeños o medianos (3 a 10 personas) en las cuales los participantes conversan en torno a uno o varios temas en un ambiente relajado e informal, bajo la conducción de un especialista en dinámicas grupales*” (p.605). El trabajo con el grupo se enmarcó en discusiones en torno a creencias, experiencias, emociones y conceptos que están relacionados con la temática abordada por el proceso investigativo.

## **1.2 Participantes**

Para llevar a cabo la presente investigación, los participantes fueron seleccionados de manera intencional y no probabilística. Estos fueron adolescentes hombres y mujeres entre los 15 y los 17 años de edad que asisten a un colegio público de la ciudad de Bogotá y pertenecen a estrato socioeconómico dos. La muestra estuvo constituida por 20 estudiantes voluntarios de los cuales diez fueron hombres y diez fueron mujeres. El hecho de que los participantes hayan sido voluntarios facilitó el proceso de indagación, ya que fue posible abordar los temas en cuestión de manera abierta enriqueciendo así dicho proceso (Fernández, Hernández y Baptista, 2006).

## **1.3 Instrumento**

Teniendo en cuenta las opiniones de las expertas que evaluaron el instrumento, se tomó la decisión de plantear para las sesiones de los grupos focales, más que preguntas concretas, temáticas generales que pudieran ayudar a generar discusiones con los adolescentes en cuanto a los roles tradicionales de género y sus relaciones de pareja, abordando aspectos como sus emociones y sentimientos, prácticas y pensamientos.

De esta forma, se plantearon los siguientes temas:

- Caracterización de ser hombres y ser mujeres (roles tradicionales de género)
- Definición de relaciones de pareja en la adolescencia
- Pensamientos de los y las adolescentes frente a los roles tradicionales de género
- Prácticas de los y las adolescentes en pareja
- Sentimientos y emociones experimentados por los y las adolescentes en las relaciones de pareja

Con el fin de abarcar todos los temas, se plantearon las siguientes preguntas como una ruta de indagación con los y las adolescentes.

1. ¿Para ustedes qué es ser hombre?
2. ¿Para ustedes qué es ser mujer?
3. ¿Cómo creen que deben comportarse las mujeres en una relación de pareja?
4. ¿Cómo se comportan (las mujeres) en nuestro medio?
5. ¿Qué hacen ustedes en pareja?
6. ¿Cómo creen que deben comportarse los hombres en una relación de pareja?
7. ¿Cómo se comportan (los hombres) en nuestro medio?
8. ¿Cómo expresan los hombres sus sentimientos en una relación de pareja?
9. ¿Cómo expresan las mujeres sus sentimientos en una relación de pareja?
10. ¿Cómo expresan ustedes (Hombres/mujeres) sus sentimientos en una relación de pareja?
11. ¿Qué desean encontrar en una relación de pareja?
12. ¿Cuáles son sus motivaciones?
13. ¿Qué las mueve a establecer una relación de pareja con un hombre en particular?
14. ¿Que los mueve a establecer una relación de pareja con una mujer en particular?
15. ¿Qué creen ustedes que es una relación de pareja?

## **1.4 Procedimiento**

Una vez planteado el problema de investigación y definidos los objetivos de la misma, se realizó una indagación bibliográfica desde diferentes fuentes de información relevantes que dieron cabida a la definición de las categorías de análisis. Para el proceso de indagación con la población se realizaron tres grupos focales con el fin de explorar acerca de la influencia que tienen los roles tradicionales de género en las prácticas, los pensamientos, los sentimientos y las emociones de ellos y ellas en las relaciones de pareja heterosexuales. Esto se realizará de la siguiente forma:

1. Se realizó un acercamiento a la institución educativa en la cual se buscaron adolescentes hombres y mujeres que quisieran participar en el proyecto, a través de sus narraciones en torno a las relaciones de pareja.

2. Se hizo una presentación del proyecto al grupo de adolescentes y se les explicaron los objetivos del presente trabajo y la metodología con la que se pretendía llevarlo a cabo. En este espacio se escuchó la opinión de los y las adolescentes, sus intereses en participar en el proyecto y además se realizó una actividad de sensibilización acerca de los roles de género.

3. Se convocó a los y las adolescentes a las respectivas sesiones de los grupos focales, los de un solo género con 7 participantes cada uno y el grupo mixto con 6 participantes. Cada grupo focal conformado por adolescentes del mismo sexo (uno de hombres y otro de mujeres), tuvo como objetivo crear un ambiente de confianza en el que ellos y ellas pudieran expresar sus opiniones y vivencias. En estos espacios se pretendió además analizar las interacciones de mujeres entre mujeres y de hombres entre hombres.

4. El tercer grupo focal estuvo integrado por 6 adolescentes, tres hombres y tres mujeres, para abordar los mismos temas que se discutieron en los primeros dos grupos. En este, espacio se pretendió analizar la interacción entre los y las participantes, pero esta vez entre géneros.

5. En la presente investigación, el análisis de resultados se hizo a partir de la transcripción de las sesiones de grupo, de donde se extractó una matriz de categorías. Dicha matriz se analizó teniendo en cuenta la comparación entre sesiones, debido a que cada una de ellas consta de una composición diferente teniendo en cuenta el género. Lo anterior cobra interés para la investigación, ya que se está hizo énfasis en los pensamientos, acciones y emociones de hombres y mujeres y en la interacción entre ellos.

6. En la discusión de la presente investigación, se pretendió analizar la matriz de categorías a la luz de los planteamientos teóricos incluidos en la revisión bibliográfica. Además se realizó un análisis sobre las categorías emergentes y se dio respuesta a la pregunta de investigación planteada y se analizó en cumplimiento de los objetivos planeados. Por otra parte, en las conclusiones, también se dieron sugerencias alrededor del proceso de investigación y sobre el abordaje del tema de género.

## 2. Resultados

Los y las participantes del presente estudio fueron adolescentes entre los 15 y 17 años, que actualmente se encuentran haciendo bachillerato, pertenecen a estrato 2 de la ciudad de Bogotá y han estado involucrados (as) en relaciones de pareja. A partir de las conversaciones en los grupos focales y la posterior sistematización de las narraciones en la matriz de categorías se obtuvieron los siguientes resultados.

Las relaciones de pareja son definidas por las y las adolescentes, como una interacción entre un hombre y una mujer en la que el compromiso, acuerdo mutuo y entrega son unos de los aspectos fundamentales para que esta sea legítima. Destacan valores como el respeto, la confianza y la sinceridad como condiciones para que una relación se mantenga y adicionalmente la duración prolongada en el tiempo es uno de los aspectos definitorios. Mencionan que la atracción es un factor importante para llegar a entablar una relación de pareja e identifican características fundamentales como la fidelidad y la equidad en términos de igualdad de derechos de ambos miembros de la pareja. También resaltan la importancia de tener entre los miembros de la pareja intereses comunes que les permitan compartir espacios y actividades entre los dos, aunque al mismo tiempo destacan la posibilidad de tener espacios individuales para compartir con otras personas como amigos o familiares y que implican comprensión por parte de la pareja

Los y las participantes de los tres grupos del estudio identifican entre las prácticas de pareja las actividades cotidianas como ir al cine, a comer helado, reunirse a conversar en la casa o en otros lugares, asistir a fiestas en las casas de los amigos, salir a bailar, entre otras. Los y las adolescentes plantean que estas actividades son planeadas por ambos miembros de la pareja, principalmente por la mujer y son acordadas

previamente entre ambos con el fin de llegar a un acuerdo. Las participantes del grupo femenino manifiestan que al proponer planes con su pareja, tienen en cuenta los intereses de ambos y solo cuando se trata de planes con la familia de ellos (los cuales consideran importantes) sacrifican sus intereses propios. Sin embargo, uno de los adolescentes hombre señala que en algunas ocasiones es él quien propone las actividades que desea compartir con su novia. Cuando se realizan estas actividades, los y las participantes del estudio coinciden en que generalmente son los hombres los que invitan a las mujeres y los que corren con los gastos. Cuando sucede al contrario, los hombres dicen sentirse mal (pena) debido a que esto está en contravía de lo que han aprendido en sus hogares y en los medios de comunicación.

Los y las adolescentes manifiestan que con su pareja es con la persona que hablan sus asuntos personales, familiares, sociales, académicos, ya que es a ésta a la que le tienen mayor confianza para tratar estos temas. Sin embargo los hombres del grupo masculino manifiestan que sus confidentes son amigas sobre todo cuando se trata de temas de pareja, ya que para ellas es más probable que logren ponerse en lugar de sus novias y puedan darles una perspectiva femenina más certera que la que pueden lograr ellos.

Los participantes del grupo masculino dicen que cuando ellos ocultan información a su pareja es evitando discusiones o conflictos. En cuanto a las llamadas telefónicas, las y los participantes afirman que son ellas quienes llaman con mayor frecuencia a sus novios, a excepción de uno de ellos que señala que en su caso es él quien llama con mayor frecuencia a su novia. En el grupo mixto se encontró que en relación con la comunicación en la pareja, los participantes señalan que si a las mujeres les dicen algo sobre su novio, ellas buscan información al respecto con amigos y amigas

en vez de hablar directamente con éste. Ellos por el contrario, abordan a su pareja primero y buscan hablar con ellas.

Los y las adolescentes del estudio consideran que en las relaciones de pareja existe mayor acercamiento físico entre un hombre y una mujer, distinto al contacto físico que se da entre los amigos. Para los y las adolescentes de los tres grupos, los besos, abrazos, caricias, palabras de afecto, detalles como cartas, regalos, etc., constituyen una forma de expresar el cariño en una relación de pareja, sumado al respeto, la confianza, la escucha y la comprensión. Uno de los participantes del grupo mixto señala que procura darle ánimo y le expresa cariño a su pareja haciéndola reír. Tanto hombres como mujeres consideran que el trato con la pareja es más afectuoso y respetuoso, mientras que con los amigos o las amigas pueden “recochar” (bromear, decir palabras soeces). .

Las participantes del grupo femenino afirman que la proximidad física en la pareja se va disminuyendo gradualmente en la medida en que el tiempo de la relación se prolonga. Por su parte, los participantes del grupo masculino reconocen que son más afectuosos cuando están solos con sus novias que cuando se encuentran con ellas y amigos al mismo tiempo. Ellas declaran que cuando ellos se encuentran con sus amigos, las formas de interacción con sus parejas se tornan más indiferentes y los comportamientos de ternura se omiten en alguna medida en estos contextos. En el grupo mixto se encontró que las participantes estuvieron de acuerdo en que con el novio se ven con mayor frecuencia; los hombres por su parte consideran que aunque se ven con mayor frecuencia con sus novias, no lo hacen todos los días. También hubo acuerdo entre géneros en el grupo mixto frente al hecho de que cuando se encuentran con el novio o la novia, se comportan de manera diferente con los amigos o amigas, prestándole más atención a la pareja. Las participantes mujeres agregaron que cuando se

encuentran con su novio y sus amigas al mismo tiempo, no conversan sobre los mismos temas que cuando están solas con ellas.

Los hombres del grupo masculino reportan de forma verbal equidad en las relaciones de pareja. Cuando uno de los miembros de la pareja va a salir solo, generalmente reporta al otro u otra a donde va, con quien, para evitar “chismes” o discusiones por el tema. Sin embargo ellos enfatizan en que cuando las mujeres salen solas entonces ellos ponen en tela de juicio lo que ellas dicen y solo lo creen si lo consideran lógico.

Los y las participantes del estudio, afirman que son los hombres los que por lo general inician las acciones de conquista cuando les gusta una mujer. Los participantes hombres afirman que no es conveniente prestarles atención a las mujeres que les demuestran interés, puesto que es probable que sean “fufas”, fáciles o necesitadas. Las adolescentes afirman que es difícil encontrar que una buena mujer, comprometida, manifieste interés por un hombre a menos de que se encuentre desesperada porque quien le atrae no se atreve a expresarle su amor y entonces ella debe hacerlo por él. Los participantes hombres afirman que hay mujeres que demuestran interés en ellos y agregan que solo le prestarían atención si la perciben como una mujer seria.

La mayoría de los y las participantes del estudio consideran que para entablar relaciones afectivas de pareja es importante conocerse primero y tener como base una relación de amistad con la otra persona. Solo uno de los adolescentes reporta que estableció una relación de pareja sin conocer con anticipación a la mujer, en la cual desde el inicio se acercó a ella con la intención de cortejarla.

Las participantes del grupo femenino expresan que en el momento de iniciar una relación, la actitud que asumen es de indiferencia ante los comportamientos de conquista por parte de ellos, y en general una actitud pasiva en donde no toman la

iniciativa para realizar llamadas, escribir cartas y “buscarlos”. Además declaran que se muestran desde el principio con sus cualidades y defectos (“mostrarse como son”). En el grupo mixto, las adolescentes consideran que cuando un hombre les atrae, se acercan a él para hablarle y generar mayor confianza, es decir con la intención de construir una amistad primero para conocerse y posteriormente iniciar una relación de pareja. Los participantes hombres manifiestan que ellos también se acercan en un principio a hablar con ellas, propician espacios de conversación y les manifiestan verbalmente su interés. Según las participantes, los hombres comienzan a hacer comentarios agradables sobre ellas y a su vez ellas responden hablándoles de una manera más tierna, mirándolos fijamente y tuteándolos. Frente a esto, las mujeres adolescentes consideran que los hombres se comportan de manera distinta con una mujer que les atrae, dicen que comienzan a coquetear con ellas escribiéndoles notas y mostrando interés por sus asuntos más personales al preguntarles por ellos.

Los y las participantes del grupo mixto consideran que cuando expresan demasiado interés por una persona, ésta puede aprovecharse de la situación. En el caso de que sus sentimientos o intereses no sean correspondidos los hombres y las mujeres del grupo están de acuerdo con que este tipo de relaciones generan sufrimiento en ellos(as).

Los y las participantes del estudio identifican como prácticas de cuidado personal el peinarse, bañarse, arreglarse para salir, maquillarse, vestirse bien y en general tanto hombres como mujeres atribuyen esto a características fundamentalmente femeninas. Ellos diferencian el cuidado de las mujeres y de los hombres, asegurando que las mujeres le dedican a este tipo de prácticas, mayor cantidad de tiempo y atención, mientras que ellas identifican estas prácticas como parte de las rutinas masculinas argumentando que ellos también son vanidosos. Por otro lado ellas manifiestan que el

cuidado hace referencia a la vigilancia de sí mismas y adicionalmente señalan que se refiere también a tener en cuenta a los otros/as. Entre los motivos para llevar a cabo estas prácticas de cuidado, identifican el hecho de sentirse bien consigo mismas y la aprobación social recibida. En algunas ocasiones ellas mencionan que las características de cuidado referente al hecho de pensar en los demás, son exclusivas de las mujeres, y ven a los hombres como egoístas.

Además de lo anterior, los participantes del grupo masculino identifican como parte de las prácticas de cuidado asumir el rol de protectores a través de acciones como celar a su pareja, en la medida en que si lo hacen se protegen a sí mismos del posible daño que pueden sufrir a raíz de una infidelidad y al mismo tiempo protegen a su pareja de peligros potenciales como problemas con sus ex-novios, padres u otras personas.

Por otro lado, los y las participantes manifiestan que el cuidado de la relación también se efectúa a través de prácticas que la mantienen como los detalles, las llamadas a la pareja, estar pendiente del otro, realizar actividades cotidianas juntos, el buen trato entre ellos, entre otras.

Otra práctica de pareja reportada por los y las adolescentes del estudio fueron las relaciones sexuales, las cuales consideran parte de la relación, aunque en ningún caso una condición para esta. Las relaciones sexuales según ellos y ellas son consensuadas y abordadas inicialmente a través de la conversación, lo cual es fundamental sobre todo para ellas, poniendo atención a las posibles consecuencias de tener relaciones sexuales, ya que manifiestan preocupación frente a posibilidad de quedar en embarazo. Todos los participantes coinciden en que para estas prácticas, la iniciativa la tienen por lo general los hombres.

Ellas, afirman que la planeación de las relaciones sexuales, refiriéndose a las situaciones particulares, no es algo que les interese, puesto que la espontaneidad es un

factor importante para que estas sean satisfactorias. El hecho de contarles a otros sobre su vida sexual, depende del nivel de confianza que tengan con esa persona y manifiestan especial preocupación a que muchos hombres se enteren de esto. Los adolescentes hombres por su parte socializan sus relaciones sexuales ocasionales con sus amigos, pero no las relaciones sexuales con su pareja, ya que las consideran como algo íntimo y que no le concierne sino a los miembros de la misma.

En el grupo mixto, las mujeres afirman que es necesario que se construya primero la confianza con la pareja para poder considerar la posibilidad de tener relaciones sexuales, mientras que los hombres piensan que éstas se dan sin que necesariamente se hable al respecto.

A nivel sexual, los y las adolescentes tienen prácticas de cuidado como factor para prevenir embarazos, más que como prevención de enfermedades de transmisión sexual, lo cual se evidencia en que solo dos de ellas mencionan este último aspecto. Ellos y ellas coinciden en que son las mujeres quienes están más pendientes de la protección a la hora de tener una relación sexual, aunque ellas manifiestan que no cargan preservativos, sino que esto se hace efectivo en la exigencia de su uso a la hora del coito (una de las participantes identifica esta contradicción). Aunque el cuidado está centrado en la prevención de embarazos, para la mayoría de los participantes un hijo no representa un obstáculo para cumplir sus metas, más bien es parte de su proyecto de vida futura, aunque reconocen que para las mujeres es distinto en la medida en que son ellas las que se encargan de la crianza de los niños y en última instancia son las que sufrirían más en caso de que esta situación se presente. Solamente uno de los adolescentes reporta que un embarazo a su edad sí sería un problema y por esto es el único que considera el aborto como la alternativa para resolver un posible embarazo no deseado.

Los y las adolescentes identifican como principal método de protección al condón, aunque manifiestan considerar el uso de otros métodos cuando las relaciones de pareja se tornan estables en el tiempo. En el grupo mixto, las mujeres mencionan que sus padres les aconsejan que se cuiden, es decir que utilicen los métodos anticonceptivos que hay disponibles en el mercado para evitar un embarazo.

Los hombres del grupo focal masculino piensan que el cuidado sexual es un tema que se negocia y se conversa solo en pareja (con la novia) debido a que se necesita confianza para hacerlo. Como consecuencia de esto, los estudiantes reportan que el uso de preservativo se hace efectivo en las relaciones de pareja, mas no en las relaciones ocasionales.

Por otro lado, el uso del preservativo está sujeto a la disponibilidad de éste en el momento de la relación sexual. Los participantes del grupo masculino reportan que después de iniciada la estimulación sexual, no hay posibilidades de pensar en las consecuencias del acto sexual, sino mas bien piensan en el placer inmediato que conlleva. Otro criterio para el uso de preservativo está dado por la apreciación subjetiva de la persona con la cual tienen la relación sexual, de modo que si ellos creen que ésta es promiscua, usan preservativo y si no lo creen, entonces no lo usan. Además de esto, los estudiantes manifiestan que este criterio también aplica para tomar la decisión de tener o no relaciones sexuales con esa persona. Solo uno de los participantes (de siete) de este grupo cree que en cualquier relación sexual es fundamental usar preservativo. Otro de los participantes considera la posibilidad de que las mujeres carguen preservativos como algo positivo para el cuidado de las dos personas en la relación sexual.

Por otra parte, los y las adolescentes del estudio declaran que cuando se presentan desacuerdos en la pareja, suelen presentarse peleas. Si esto sucede, hombres

y mujeres coinciden en que es el que comete el error el que pide disculpas y busca a la otra persona para restablecer la normalidad en la relación. Cuando las peleas se dan con una persona con la cual no tienen muchos sentimientos involucrados, entonces no se piden disculpas sino que se dejan sin solucionar las problemáticas y simplemente la relación se termina.

Cuando se presentan desacuerdos o disgustos, los hombres del grupo masculino afirman que prefieren retirarse y hablar cuando el malestar se haya disminuido para evitar agresiones verbales o físicas a sus parejas (solo uno de los adolescentes manifiesta haber agredido físicamente a su pareja en una ocasión), mientras que las mujeres afirman que es importante recurrir al diálogo inmediatamente se presenta el desacuerdo. . Ellos reportan como inadecuado interrumpir la comunicación de pareja por largos períodos de tiempo a raíz de discusiones y plantean que tiene mejores resultados dialogar cuando el malestar se reduce. Los hombres dicen que cuando presionan con el fin de hablar con la pareja en un momento de malestar (rabia), por lo general la discusión empeora y se pueden presentar agresiones verbales (gritos, ofensas, insultos). Las participantes del grupo femenino reportan que cuando están enojadas, suelen resistirse a los acercamientos físicos de sus parejas, les piden verbalmente que se alejen y en algunos casos tratan de solucionar el problema dialogando; sin embargo algunas manifiestan ceder ante las caricias y las expresiones de cariño de sus novios. En el grupo mixto hombres y mujeres expresaron que en ocasiones actúan en retaliación con sus parejas cuando ésta ha cometido alguna falta.

Tanto hombres como mujeres participantes del estudio identifican como fuente de conflicto y posible causa para terminar una relación de pareja a la infidelidad aunque identifican otras causas como las peleas reiteradas, y la monotonía en la relación. Ellas refieren como frecuentes, conflictos a causa de los celos de ellos, que se manifiestan en

reclamos por bailar con otro hombre, saludar a amigos, salir a fiestas sin la pareja o con amigos y primos, a lo que ellas responden con reclamos sobre la igualdad de condiciones para los dos miembros de la pareja. Ellos por su parte reportan que cuando tienen sospecha de infidelidad por parte de ellas no hacen el reclamo inmediato, sino que tratan de confirmar su sospecha, ya sea preguntándoles directamente o averiguando por medios alternativos, no obstante dicen desestimar los “chismes” sobre este aspecto ya que consideran que por lo general hay muchas personas que intencionalmente intentan sabotear sus relaciones de pareja.

En caso de presentarse una infidelidad en la pareja, hombres y mujeres dicen que no le confesarían a sus parejas el hecho, pero manifiestan que perdonarían una infidelidad, desde que no sea en repetidas ocasiones. Solo uno de los estudiantes dice que si hay suficiente confianza, le contaría a su pareja su infidelidad aceptando el error y pidiendo disculpas por el hecho. Los hombres del grupo focal masculino identifican como un aspecto que incide en la posibilidad de que se presenten infidelidades en las relaciones de pareja a la insatisfacción referente a la cotidianidad de la interacción entre ellos y ellas. Los y las participantes del grupo mixto señalan que si bien perdonarían una infidelidad, esta situación genera desconfianza en la relación y dificulta la interacción en el futuro.

En lo referente a las prácticas que observan en otras parejas, las adolescentes del grupo femenino mencionan frecuente vigilancia por parte de los hombres en las relaciones formales (ya sea matrimonio o unión libre) debido a los celos, explicitan que se dan acciones de maltrato en algunos casos, tales como insultos, amenazas y golpes. En uno de los casos relatados, se evidencia que la espera y la duración prolongada de la relación antes de la formalización de esta, garantizaron su estabilidad y éxito. Mencionan que han visto muchas situaciones en las que el hombre sale a trabajar

mientras que la mujer se queda en casa y deja los estudios. Una de ellas comentó haber visto prácticas de infidelidad en su familia. De igual manera declaran haber visto comportamientos de cortejo por parte de ellos como regalos y detalles materiales.

Los adolescentes hombres por su parte, consideran que el hombre se acostumbra a tener relaciones sexuales sin utilizar condón y que si bien las mujeres deberían exigir su uso, ellos también deberían hacerlo. Uno de los participantes considera que ambos miembros de la pareja deben protegerse, ya que la responsabilidad de un embarazo no deseado es compartida. Una de las adolescentes expresa que es necesario abordar el tema del uso de métodos anticonceptivos con la pareja si se está contemplando la posibilidad de tener relaciones sexuales con ésta y considerar las posibles consecuencias.

Las adolescentes coinciden en que la ruptura de una relación de pareja les genera miedo, ya que temen quedarse solas y además reciben mayores críticas socialmente cuando esto sucede. En relación con la infidelidad ellas afirman que es más común en los hombres y aunque también hay mujeres que son infieles, éstas son juzgadas duramente en el contexto social. Si bien manifiestan que es probable que una mujer demuestre interés por un hombre antes de que éste lo haga primero, señalan que es menos común puesto que según ellas las mujeres son más tímidas y es probable que ese tipo de comportamiento sea mal visto y no sean tomadas en serio por el hombre.

Los participantes hombres señalan que el la promiscuidad tiene un efecto positivo para ellos, ya que genera admiración en los pares sobre todo si las personas con las cuales tienen relaciones son atractivas. Afirman que en el caso de las mujeres, este tipo de comportamiento tiene un efecto negativo que se refleja en el rechazo por parte de los compañeros(as).

Ellas refieren que los hombres poseen mayor interés sexual y que las relaciones sexuales representan un asunto de orgullo para ellos, mientras que para ellas es cuestión de entrega, amor, confianza. Alrededor de la virginidad, las adolescentes consideran que esta es una tradición que ya no se practica y que está asociada a la educación que los padres dan a sus hijas.

Los hombres narran que las relaciones sexuales en la pareja deben ser consensuadas y que se da por sentado que en ellos existe siempre el deseo y la necesidad de tenerlas. Sostienen que una vez iniciado el proceso de excitación para ellos no es posible detenerse, por lo que el control frente al uso de métodos anticonceptivos y el momento en el cual se dan las relaciones sexuales le corresponde a la mujer. Basados en esto, ellos también hacen referencia a que los hombres son más infieles que las mujeres, ya que no se pueden controlar. En cuanto al contagio de enfermedades de transmisión sexual, los adolescentes afirman no sentirse vulnerables y solo lo hacen cuando piensan en la posibilidad de tener relaciones sexuales con prostitutas por lo cual esta es descartada.

Las participantes señalan que frente a un embarazo no deseado, es más probable que sean ellas quienes asuman la responsabilidad de criar y cuidar del bebe. Afirman que es común que los hombres las abandonen y en esa medida un embarazo no deseado representa más para ellas que para ellos un obstáculo en su proyecto de vida. Es por esto que, según las adolescentes, los padres ejercen mayor control sobre las mujeres con la intención de prevenir un embarazo y en ocasiones les dicen que deben “cuidarse” para evitar que esto suceda. La mayoría de las adolescentes no contempla el aborto como una alternativa en caso de quedar embarazadas sin haberlo planeado.

Los adolescentes hombres expresan que en caso de presentarse un embarazo como consecuencia de tener relaciones sexuales con su pareja, son las mujeres las que

sufrirán más aunque ellos asumirían la responsabilidad económica y afectiva de la paternidad. Señalan que son las mujeres quienes crían a los hijos y que un hijo en este momento no representaría un obstáculo para su desarrollo personal ni el alcance de sus metas. Para la mayoría de ellos el aborto tampoco es una alternativa en caso de un embarazo no deseado y además afirman que una mujer que decide abortar es una mala mujer. Ellos también refieren que los padres de familia les insisten más a las mujeres la necesidad del cuidado frente a posibles embarazos, puesto que consideran que este evento interfiere con el proyecto de vida de ellas.

Los estudiantes narran que las condiciones de pareja deben ser equitativas, es decir que tanto hombres como mujeres pueden hacer las mismas cosas y tienen los mismos derechos. No obstante al plantear la situación hipotética de que ellos se dedicaran a la crianza de los hijos, esta fue definida como un “golpe bajo”. Ellos señalan que existe la posibilidad de que las mujeres hagan lo que desean, en términos de que son ellos quienes les otorgan la libertad para hacerlo.

Los y las estudiantes refieren que las mujeres suelen ser más detallistas con su pareja, escribiéndole cartas por ejemplo. Los adolescentes hombres afirman que acuden a su pareja cuando sienten tristeza e incluso han llorado con ella. Señalan que el llanto es una forma de expresar sus sentimientos, pero enfatizan que no es conveniente que alguien a parte de su pareja los vea llorando. Sin embargo algunos de ellos dicen que ni si quiera la pareja o ex –pareja los puede ver llorar.

De acuerdo con lo que narran las adolescentes mujeres, el hombre ideal es aquel que tiene buen sentido del humor y un proyecto de vida estructurado, es con quien se sienten a gusto y comparten algunos intereses. Para los participantes hombres, la mujer ideal debe poseer ciertos atributos físicos y debe ser sincera y cariñosa con ellos.

Las adolescentes relacionan el concepto de mujer con el cuidado de otros y de sí mismas; la delicadeza, el desarrollo físico (mencionan el crecimiento de las caderas) y la habilidad inherente de brindar amor y cuidados gracias a la capacidad de gestar y “traer un nuevo ser a la vida”. Destacan que las mujeres son más expresivas con las emociones, tiene la cualidad de ser discretas y de entender a los otros a nivel emocional. Entre sus aspiraciones características se encuentra formar un hogar, tener hijos y trabajar. Los participantes de ambos géneros consideran que las mujeres deben ser delicadas, sensibles, femeninas (que se maquillan, se arreglan, se preocupan por estar bonitas, se visten como una mujer, se preocupan por su aspecto físico), deben ser tiernas, y no agresivas o bruscas.

Los hombres se definen como físicamente contrarios a la mujer, como un ser que tiene valores rígidos, autoridad, respeto, lealtad a él mismo y a los amigos, que tiene sentimientos, es cariñoso y detallista con su pareja, actúa de forma masculina, y es un caballero. Es fuerte y por ende no se puede mostrar vulnerable o débil (no puede llorar en público). Ellos trabajan y mantienen económicamente el hogar, pueden llegar a cualquier hora y son encargados del cuidado de la familia o la pareja en términos de seguridad o apoyo y siempre disponibles para tener relaciones sexuales. De igual manera consideran que los hombres deben ser heterosexuales, no pueden ser delicados ni muy vanidosos, se comportan de forma brusca entre ellos y son más liberados y descomplicados.

En cuanto los roles de género en las relaciones de pareja declaran que los hombres son los que toman la iniciativa de entablar la relación, es decir los encargados del cortejo (buscar a la otra persona, tomar la iniciativa, llamar, ir a la casa de ellas, correr con los gastos de las salidas) y de igual manera, son los destinados a tomar la iniciativa en el ámbito sexual. Se considera que los hombres no tienen la capacidad de

controlarse sexualmente y es por esto que son más vulnerables a ser infieles, mientras que las mujeres son las que ponen los límites y las condiciones en el momento de tener relaciones sexuales. Cuando son las mujeres las que toman la iniciativa en las relaciones sexuales, son señaladas como “busconas” o incitadoras de los hombres. Refieren que el deseo sexual es inherente a los hombres, mientras que para las mujeres el valor de las relaciones sexuales es menor y se consideran como algo secundario. En lo que refiere a la primera relación sexual, las adolescentes consideran que para las mujeres es un acto de entrega, mientras que para los hombres es un motivo de orgullo y aprobación por parte de sus pares y otras personas.

Entre las fuentes de origen de los roles mencionadas por los y las participantes se encuentra las familias (interacción de padres e hijos, padre y madre, hermanos y hermanas), e identifican situaciones que evidencian estos roles, como las restricciones que los padres tienen con las hijas y por contrario la flexibilidad con los hijos varones. De igual manera comentan que las madres transmiten prácticas de cuidado propio y de otros a las hijas, pero prestando mucha atención al desarrollo de sus hijos varones. Mencionan que la observación de comportamientos padres y madres en el hogar evidencian las actividades que hombres y mujeres deben hacer, pensar y sentir. Las novelas, programas de televisión, las creencias religiosas (Adán y Eva) fueron mencionadas como fuentes de aprendizaje de las actitudes, comportamientos y pensamientos de hombres y mujeres.

Las adolescentes identifican emociones como la rabia en las relaciones de pareja cuando se ven limitadas para realizar las mismas actividades que sus novios. Esta rabia es expresada a través de gritos, verbalizaciones hostiles, confrontaciones referentes a conflictos pasados y presentes, ignorando a su pareja o pidiéndoles que se alejen de ellas. En estas situaciones, anotan que ellos intentan acercarse de manera afectuosa

(besos, cosquillas) para buscar la reconciliación, no obstante aclaran que ellas también buscan solucionar los conflictos. Manifiestan que tienen poco control de la ira, sin embargo consideran importante aprender a hacerlo. Solo una de ellas reporta lograr este control cuando prevee las consecuencias dañinas para ella misma y para su pareja debido a una reacción impulsiva. Refieren preocupación por experimentar arrepentimiento y dolor si en alguna situación no toman la iniciativa para pedir perdón y la relación llegara a acabarse por orgullo. Cuando tienen discusiones manifiestan que la rabia se prolonga mucho más en ellas que en sus parejas y tienden a confrontarlos de manera hostil.

Frente a situaciones como presentar su pareja a sus familias o llevarlos a sus casas (y viceversa), reportan sentir miedo ante la desaprobación de sus padres y la posibilidad de que estos generen incomodidad en sus novios. Una de las participantes destaca sentir miedo ante el hecho de ser contagiada por una enfermedad de transmisión sexual y en otra ocasión se menciona sentir vergüenza por lo que puedan pensar sus parejas si deciden tener sexo con ellos.

Adicionalmente, identifican sentimientos de ternura que son expresados a través de palabras, besos y caricias. En general afirman que el amor es demostrado con detalles, acercamiento físico y manifestando preocupación por lo que les sucede a nivel personal. Sentimientos tristeza frente al conocimiento de situaciones difíciles que hayan vivido alguno de los miembros. Aunque muchas de las participantes refieren no haber visto llorar a sus novios (aunque todas creen que sí lloran), las que si los han visto, comentan que se acercan a ellos con la intención de brindarles apoyo diciéndoles “que no lloren y no se atormenten”. Adicionalmente expresan sentirse muy conmovidas cuando los ven tristes.

Los adolescentes reportan sentir vergüenza o incomodidad cuando no son ellos quienes toman la iniciativa en las relaciones de pareja, como por ejemplo situaciones en las que ellas asuman los gastos de las salidas. Cuando se trata de abordar temas de conversación como el cuidado en las relaciones de pareja, explican que solo lo comentan con personas con las cuales tienen mucha confianza y les generan sentimientos de seguridad, como sus novias, mientras que con personas que conocen de forma ocasional no lo hacen. Identifican sentimientos de felicidad y amor cuando están en una relación con la persona que quieren y la expresan a través de besos caricias, abrazos, escritura de cartas y cuando regalan detalles. En general afirman que estas emociones se dan en una relación que verdaderamente valoren.

Refieren sentir miedo a equivocarse, a perder la relación que tienen, a hacerle daño a la pareja o a ellos mismos. Experimentan rabia cuando tienen discusiones o cuando han sido lastimados por su pareja, y la expresan a través de conductas como alejamiento, permanecer en silencio, distraerse con juegos de video, o hablar ocasionalmente con otra persona buscando desahogarse y calmarse para resolver el conflicto con sus parejas posteriormente. En muchas ocasiones reportan que los celos son un motivo frecuente para experimentar emociones como la rabia, sin embargo reportan hacer esfuerzos por controlar su ira cuando están en pareja.

Cuando sienten tristeza o rabia eventualmente lloran en privado (mencionan que no les gusta que los vean llorar) , consideran que llorar no los hace menos hombres además de resaltar que todos han llorado en algún momento de sus vidas. No obstante, hacen referencia a que llorar en público denota de alguna manera debilidad y les da en cierta medida una ventaja a sus parejas. Relacionan la tristeza con el hecho de no querer hacer nada, de no querer hablar con nadie y de centrarse en ellos mismos en un sitio privado para poder pensar. En estas situaciones por lo

general se refugian en la música y varios de ellos manifiestan recurrir al alcohol como fuente de desahogo. Cuando terminan una relación, los hombres dicen que es más fácil superar la pérdida de su pareja que para las mujeres, ya que creen que ellas se apegan más a sus parejas y son más sentimentales. Ellos expresan que cuando terminan la relación pasan uno o dos días tristes pero después se recuperan y retoman sus actividades cotidianas fácilmente.

### 3. Discusión

Durante la adolescencia hombres y mujeres dan un paso hacia la independencia, la autonomía y la toma de decisiones en los diferentes contextos en los que se encuentran inmersos. Es entonces cuando el sujeto empieza a construir su identidad y a establecer vínculos con pares tanto de amistad como de pareja. Debido a la importancia que tienen estos últimos en la vida cotidiana de los y las adolescentes, el presente estudio se centra en las relaciones de pareja, las cuales ellos y ellas definen como un vínculo afectivo entre un hombre y una mujer acompañado del compromiso mutuo, el respeto, la confianza y la posibilidad de compartir intereses y gustos. Esto coincide con lo que plantea Willi (2004) cuando dice que la reciprocidad es necesaria para que la relación de pareja perdure y que esta debe ser satisfactoria para ambos miembros en la medida en que la otra persona corresponde positivamente a lo que el sujeto hace por él o ella. En este caso, los y las adolescentes enfatizaron en el hecho de que la pareja desempeña un rol de confidente con quien pueden compartir asuntos muy íntimos y personales lo cual coincide con el mismo autor. Este concepto de relación de pareja que los y las adolescentes han construido, muestra la importancia que tiene para ellos poder establecer un vínculo afectivo estrecho con otra persona que les permita sentirse amados, valorados y apoyados.

En este momento del ciclo vital, Oliva (citado por Marchesi, Palacios y Coll, 2003) afirma que el individuo comienza a incorporar ciertos compromisos ideológicos que se reflejan en el estilo de vida que lleva, por esta razón adquieren gran importancia los imaginarios culturales que circulan en la familia, la escuela, etc., ya que moldean los pensamientos, prácticas, sentimientos y emociones de los y las adolescentes. Debido a lo anterior, esta investigación ha planteado la relevancia de conocer cómo esos

imaginarios culturales, referidos específicamente a los roles de género, atraviesan los pensamientos, prácticas, sentimientos y emociones de los y las adolescentes en sus relaciones de pareja.

Los y las estudiantes que participaron en la presente investigación se encuentran entonces en dicho proceso y a partir de sus testimonios se evidencia la presencia de elementos ideológicos aprendidos a través de la familia y la comunidad, que guían en gran medida su comportamiento individual y colectivo. De esta forma, se ha evidenciado a través del estudio que los imaginarios culturales tienen un impacto real en cómo los y las adolescentes piensan, sienten y se comportan en pareja.

Los y las adolescentes que participaron en la investigación señalan que los medios de comunicación y la familia son algunas de las fuentes que ejercen mayor influencia en el comportamiento de ellos y ellas. Como lo plantea Jansson (2000), los medios de comunicación generan un efecto en la construcción de identidades culturales y estas a su vez permean los procesos individuales que determinan las prácticas y la forma de expresión del ser humano. Esto se pudo observar en la presente investigación, ya que los y las adolescentes que participaron se refirieron a los medios de comunicación y las telenovelas para ejemplificar algunos de los comportamientos característicos de hombres y mujeres en la cotidianidad. Así, su forma de interactuar con otros y otras está mediada por el contenido de los programas que ven en televisión, y los juicios que hacen sobre el comportamiento de los demás tienen como base lo que en estos es socialmente aceptado. De esta manera, los roles de género construidos socialmente se legitiman a través de los medios de comunicación y se transmiten generación tras generación haciendo posible que perduren en el tiempo.

La familia constituye una de las fuentes de socialización del ser humano y le proporciona algunos de los parámetros que delimitan su comportamiento, como lo menciona Harris (2001). Lo que refieren los y las adolescentes en el estudio, coincide con los planteamientos del autor, cuando expresan que la familia es un punto de referencia que les permite discriminar los comportamientos que son adecuados de los que no y en última instancia hombres y mujeres construyen su identidad y su proyecto de vida a partir de allí.

En relación al concepto de endoculturación que menciona Harris (2001), los y las adolescentes que compartieron sus historias de vida mostraron que sus experiencias se ven influenciadas por dichos estándares socialmente establecidos. No obstante estos no son esquemas rígidos e inamovibles sino que son interiorizados y posteriormente modificados por ellos y ellas según las necesidades o demandas del contexto como lo afirma el mismo autor y Viveros (2001) en sus estudios de masculinidad. Los roles culturales de género por ejemplo, emergieron a lo largo de las narrativas de los y las estudiantes como el marco que delimita la forma correcta de ser y estar en el mundo. Los rasgos descritos por García (2003) que son comúnmente asociados a las mujeres como la dulzura, el cuidado, el entendimiento de los otros, la expresión emocional etc; y la valentía, la racionalidad y la inquietud como cualidades de los hombres, se hicieron evidentes en lo que los y las adolescentes describen como cualidades femeninas y masculinas respectivamente. Sin embargo, se observó que los y las adolescentes identificaron, por ejemplo, como características legítimas en los hombres la expresión emocional y en las mujeres la racionalidad. Se puede observar que las pautas de interacción que se dan entre los y las adolescentes están sustentadas en un conglomerado de creencias culturales que perfilan no solo la identidad individual de

ellos y ellas, sino también la forma cómo perciben al género opuesto y se relacionan con este.

Desde lo que los y las adolescentes del estudio piensan sobre los roles tradicionales de género, se dilucida una evolución en vía a la igualdad de derechos entre hombres y mujeres tanto en el ámbito de las relaciones de pareja, como en otros ámbitos de la vida, lo cual se abarca en los planteamientos de Legarde (1997) en relación con el nuevo orden entre feminidades y masculinidades de finales del siglo XX . Así, ellos y ellas afirman que en las relaciones de pareja, la distribución del poder debe ser equitativa entre los miembros, contrario a lo planteado por Hardy y Jiménez (2001) quienes consideran el poder y el control como característica masculina. De este modo, según los y las participantes las decisiones se deben tomar en conjunto, las actividades cotidianas se deben definir de común acuerdo y en consonancia con los intereses y necesidades de ambos. Sin embargo, se evidencia en las practicas tanto de hombres como de mujeres que los roles tradicionales se mantienen y que entablan relaciones complementarias dominadores-dominadas. Con respecto a las actividades tradicionalmente masculinas, los y las adolescentes tienen la idea de que cuando las mujeres pueden acceder a los mismos derechos que los hombres, es como un gesto de generosidad para con ellas, en la medida en que son ellos los que están cediéndoles estos beneficios.

Entre los y las estudiantes existe la idea generalizada de que las acciones de hombres y mujeres que se salen de los estereotipos culturalmente aceptados, son motivo de desaprobación social y juicios morales. No obstante, la igualdad de condiciones (desde ambos géneros) se entiende en términos de que las mujeres puedan hacer lo que los hombres hacen, pero no que los hombres se involucren y asuman roles que ellas desempeñan. Aunque los roles tradicionales de género se han venido desdibujando por

condiciones del contexto social, permitiendo que las mujeres asuman tareas tradicionalmente masculinas y los hombres se desempeñen en algunas de las áreas tradicionalmente femeninas, como lo sugieren Robledo y Puyana (2002) y Legarde (1997), se observa que los y las participantes contemplan solo la posibilidad de ser ellas quienes se apropien de tareas que corresponden a los hombres pero no al contrario.

Según lo que relatan las adolescentes, parecen atribuirle poco valor a la sexualidad en sus vidas y en sus relaciones de pareja en contraposición a lo expuesto por Gastaldi (2004), quien evidencia que de alguna manera la sexualidad tiene un impacto en el desarrollo de la integridad de las personas, en la interacción o la forma de relacionarse con a otros(as) y en las relaciones afectivas. Sin embargo la sexualidad es asumida por ellos y ellas como algo que se hace con el objetivo de complacerse mutuamente, aunque manifiestan que son ellos los poseedores del deseo y de la necesidad inherente de tener relaciones sexuales. Lo anterior coincide con los planteamientos de Sánchez (2002) quien establece que las concepciones alrededor de la sexualidad se enmarcan en “*el deber ser tradicional*” en donde es característica de las mujeres el poco conocimiento alrededor de este tema, mientras que son los hombres los conocedores de las técnicas de seducción estando siempre disponibles, puesto que esto proporciona aprobación social.

Pese a lo anterior, en la investigación se evidencia a través de las narraciones que se abren espacios para la negociación, el ejercicio del respeto, la autonomía y un interés por la satisfacción propia y la del otro (a), siempre y cuando sea en la intimidad o a nivel privado. No obstante en el momento de exponer los derechos y deseos de ambos públicamente, en lo que refiere a la sexualidad, se manifiestan fuertes diferencias que se consideran innegociables y de carácter asimétrico.

Las adolescentes explicitan que la primera relación sexual representa una entrega importante que debería ser con el hombre al que amen y que las ame y agregan que existe prevención frente a lo que piense su pareja cuando acceden a tener relaciones sexuales muy pronto. Además se evidencia temor por el hecho de que sean dejadas después de haber tenido sexo con su pareja, lo cual es coherente con las conclusiones del estudio de Mejía (2000) en donde la primera relación sexual en las mujeres está asociada con sentimientos de temor y vergüenza.

De acuerdo con los planteamientos de múltiples investigadores, el rol femenino está relacionado con la función materna, lo que constituye características y prácticas asociadas al cuidado. Por ejemplo Robledo y Puyana (2002) afirman que tradicionalmente las mujeres en las relaciones de pareja y en general en múltiples contextos, asumen papeles relacionados con la protección, el cuidado, el servicio y el afecto hacia los otros. Lo anterior se ve confirmado en el presente estudio, mostrando que los y las adolescentes de todos los grupos focales identifican la palabra cuidado como característica femenina y hacen referencia a esta específicamente como el concepto de autocuidado planteado por López y Guerrero (2006) en cuanto a la satisfacción de necesidades básicas y del desarrollo, tanto a nivel físico como psicológico. Los adolescentes afirman que parte de las prácticas de cuidado en pareja es la protección frente a posibles peligros, refiriéndose a estos como personas que tengan la intención de dañar la integridad física o emocional de sus parejas. En la misma vía del planteamiento de Velásquez (2006), los adolescentes se comprometen con el cuidado de ellas cuando existe de por medio un vínculo afectivo y un compromiso con sus necesidades.

A pesar de que Gil (2001) enfatiza en el cuerpo como medio por el cual se expresa la identidad en ambos sexos, los y las participantes afirman que son ellas las

que se preocupan por su imagen y por cómo se proyectan a los demás (físicamente, sexualmente, etc.), sin embargo se ve en el aspecto físico de los adolescentes una preocupación por su imagen y por lo que ellos proyectan. Lo anterior coincide con lo explicado por Pacheco, et al (2007) quienes afirman que el cuidado para los y las adolescentes es un constructo con significados particulares según el sexo y además que estos difieren de los significados de los adultos. Esto ve reflejado usualmente en sus conductas con respecto a su sexualidad y la expresión de su identidad a través del cuerpo, lo cual se puede ver en las narraciones de los y las adolescentes que participan del estudio.

Cuando se trata de las prácticas de cuidado refiriéndose a la sexualidad, ellos y ellas consideran que “el cuidado” es importante cuando se está con la pareja; los hombres manifiestan que cuando las relaciones sexuales son ocasionales, el cuidado no es un factor determinante de su conducta. En este caso, ellos explican que realizan una evaluación subjetiva de la otra persona, argumentando que ellos no tienen relaciones sexuales con “cualquiera”, lo cual resulta preocupante teniendo en cuenta los resultados encontrados por Mejía (2000). En este sentido, los adolescentes declaran que cuando se tienen relaciones sexuales en pareja, se cuidan usando preservativo u otros métodos anticonceptivos, mientras que cuando se presentan relaciones ocasionales no usan ningún método de protección. Así, se evidencia en los y las adolescentes una sensación de vulnerabilidad marcada en cuanto al riesgo de un embarazo, mientras que frente a enfermedades de transmisión sexual se nota una ausencia de esta. Lo anterior contradice lo explicado por Pacheco et al (2007), quien afirma en su investigación que los hombres presentan una constante preocupación por el contagio de ETS.

De todas formas, los hombres no identifican a un hijo en este momento como una limitante para sus vidas, mientras que las mujeres creen que sí podría serlo para

llevar a cabo algunos de sus planes futuros. Carrasco (2008) manifiesta que los y las adolescentes no están en la capacidad de asumir una práctica de la maternidad y la paternidad en forma adecuada, lo cual es contradicho por los y las adolescentes participantes del estudio, quienes manifiestan que se harían cargo de un hijo en la eventualidad de un embarazo en este momento de sus vidas, tomando todas las medidas necesarias para hacerlo de forma adecuada. No obstante, en la práctica, las adolescentes manifiestan que es común que los hombres abandonen a sus parejas cuando estas quedan embarazadas, teniendo ellas que asumir la responsabilidad del mantenimiento y crianza de la criatura.

Todo lo anterior, marca la pauta de comportamiento de los y las adolescentes frente al cuidado en las relaciones sexuales. Lo encontrado en este estudio, está de acuerdo con los hallazgos de Mejía (2000) con respecto a la prevalencia de embarazos y el uso de métodos anticonceptivos, así como en el uso de protección contra el contagio de enfermedades de transmisión sexual. Sin embargo contrario a lo encontrado por la autora, las razones por las cuales se presentan embarazos en las mujeres adolescentes no parecen ser la ausencia de información sobre los métodos anticonceptivos, ni la limitada atención del sistema de salud, sino más bien la percepción de que un hijo no sería “tan problemático” para ellos y ellas en esta etapa de sus vidas. A pesar de esto, los y las adolescentes enfatizan en cuidarse frente a la posibilidad de un embarazo cuando se encuentran en una relación de pareja estable, es decir cuando existe un vínculo afectivo, lo cual se reafirma nuevamente con el planteamiento de Velásquez (2006).

Como lo plantea Rosaldo (1991) es substancial aproximarse a los fenómenos sociales teniendo en cuenta y haciendo énfasis en el componente emocional. De esta forma, las emociones en las relaciones de pareja de los y las adolescentes cobran importancia, ya que este aspecto es una de las bases de la relación y es el punto de

partida que ellos y ellas identifican en esta investigación como inicio de estas, resaltando que para denominar a una relación entre hombre y mujer como relación de pareja, es necesario que haya de plano un vínculo emocional.

Histórica y culturalmente, los roles de género como lo ha resaltado Kaufman compilado por García (2003), han mostrado al hombre como un ser constreñido a nivel emocional, el cual hace uso de la ira como única emoción válida para expresarse en los diferentes contextos sociales y a través de la cual es posible canalizar todas las otras emociones. En la opinión de los y las participantes del estudio, los hombres al igual que las mujeres, sienten amor, ira, cariño, ternura, tristeza, miedo, frustración, alegría, pero estas se expresan por parte de los hombres por lo general en contextos privados o aislados. Ellos dicen preferir expresar sus emociones “negativas” cuando están solos en su casa (por ejemplo llorando si están tristes) sin que los vean otras personas, lo cual se ajusta a lo planteado por Hardy y Jiménez (2001), ejerciendo ellos cierto control emocional... en este caso no respecto a no sentir, sino respecto a no expresar lo que se siente frente a otros u otras, pero expresarlo en privado de todas maneras. Los participantes no aluden esto al hecho de temer ser asociados con características femeninas como lo plantean los autores, sino al hecho de conservar el equilibrio en la relación de poder frente a sus parejas, es decir a no mostrarse vulnerables para no propiciar situaciones en las cuales sus pareja se puedan aprovechar de ellos. De este modo, se puede ver en los adolescentes un reconocimiento de que son seres emocionales y que así mismo pueden sentir y expresar sus emociones, ante lo cual no deberían ser juzgados. Adicionalmente, los hombres y las mujeres de la investigación, reconocen que las emociones “positivas” son expresadas ampliamente por ellos y ellas, sobre todo en el contexto de pareja sin ser esto una muestra de debilidad, por el contrario reconociéndolo como un valor de la relación. A pesar de esto, ellos y ellas reconocen

que lo anterior se hace más evidente en situaciones de intimidad de la pareja (en las cuales solo están presentes los miembros) en contraposición a situaciones en las cuales como pareja comparten con otros pares.

Por otro lado, se hace evidente desde el grupo femenino del estudio, una invalidación de la expresión de emociones sobre todo a través del llanto por parte de los hombres cuando estos deciden hacerlo frente a ellas, sean o no conscientes de esto. Así, ellas expresan que cuando los hombres lloran en su presencia, su consuelo es decirles que no lloren más y que se tranquilicen. Esto reafirma lo expuesto por Kaufman compilado por García (2003), respecto a la invalidación cultural de la expresión emocional a excepción de la violencia por parte de los hombres siendo esta la única legítima en contextos sociales. Contrario a lo que se esperaba, los hombres participantes en el estudio consideran a esta forma de expresión (la violencia), como forma ilegítima en las relaciones de pareja, pero legítima en otros contextos como la solución de conflictos con otros hombres.

Con respecto a la forma en que los y las adolescentes se expresan verbalmente acerca de sus propias prácticas, pensamientos y emociones, se ha encontrado en el estudio una diferencia significativa. Por un lado, los hombres participantes de la investigación hablan de lo que les pasa, sienten y piensan en términos referidos al presente y a ellos mismos, esto manifestado por ejemplo en citas referidas a sus propias experiencias de las cuales ellos son los protagonistas y a situaciones que se dan en la actualidad, aunque se planteen de forma hipotética. Además de esto, sus intervenciones son de carácter conciso y breve, sin recurrir a los rodeos para hablar de temas considerados tabú socialmente.

Por otro lado, las mujeres muestran en sus narraciones mayor detalle en las situaciones, un lenguaje más estructurado y extenso, lo cual se ajusta a los planteamientos desde la neuropsicología referentes a la prevalencia de las habilidades verbales en las mujeres. Asimismo, las adolescentes del grupo, se refieren a lo que piensan, sienten o hacen desde un punto de vista de espectadoras y haciendo constantes referencias a casos cercanos protagonizados por otras y otros, aunque ellas mismas tengan relaciones de pareja actuales. Al mismo tiempo hay una permanente proyección en sus narraciones hacia el futuro y hacia el logro de metas a largo plazo. Así, hacen una constante referencia a las relaciones de pareja en general usando el término “matrimonio”, aunque reconocen que las relaciones que tienen en la actualidad también son consideradas por ellas relaciones de pareja, lo que muestra una proyección de las relaciones actuales hacia la consolidación de estas en una institución más estable que implica un proyecto de vida compartido. Esto puede asociarse con lo que plantean Sánchez (2002) y García (2003) referente a los roles tradicionales de género en las relaciones de pareja, en donde las mujeres como cuidadoras están a la búsqueda de un hombre con quien construir una relación estable y con quien compartir un proyecto, mientras que los hombres buscan la satisfacción inmediata de sus necesidades e intereses.

Finalmente se considera que los roles tradicionales de género juegan un papel determinante en las prácticas, pensamientos y sentimientos de los adolescentes en las relaciones de pareja, sin embargo se presentan algunas variaciones en los comportamientos y creencias alrededor del cuidado, la expresión de los sentimientos de parte de hombres y mujeres, el concepto y ejercicio de la equidad, que difieren de lo planteado por teorías revisadas.



#### 4. Conclusiones

Del presente trabajo de grado concluimos que efectivamente los roles tradicionales de género tienen una influencia directa y atraviesan las prácticas, pensamientos y emociones de los y las adolescentes y en sus relaciones de parejas. :

A partir de la interacción con los y las adolescentes, pudimos percatarnos como investigadoras que nuestras expectativas jugaron un papel importante y se movilizaron en el momento del encuentro con los y las participantes del estudio. Esperando que el hecho de ser mujeres nos permitiera tener una comunicación más abierta alrededor de los temas sexuales con las adolescentes, nos encontramos con una menor disposición y confianza para tratar estos tópicos (hubo que inducir el tema al final de la conversación) lo que atribuimos como parte de la interiorización de los roles de género en las mujeres, al asumir el tema sexual como algo privado y de exclusiva divulgación a personas de su círculo primario de interacción o con personas de entera confianza. Por el contrario, percibimos a los adolescentes hombres como mucho más explícitos, directos e interesados al abordar este aspecto, lo que consideramos igualmente como una muestra del rol masculino que asume el sexo y los temas adyacentes como una cuestión publicable y generadora de orgullo.

El acercamiento al mundo adolescente nos permitió como investigadoras construir nuevos aprendizajes y movilizar nuestros propios estereotipos desde la perspectiva adulta, que percibe a los y las adolescentes como rebeldes sin causa, irreverentes, desubicados, irresponsables entre otras cosas. Pero nos topamos con hombres y mujeres que actúan muy ceñidos a los roles tradicionales de género, que creen ser capaces de asumir responsablemente la paternidad y maternidad y que en general siguen el orden socialmente establecido. De igual manera, llegamos con la

expectativa de encontrar adolescentes acordes con el imaginario de personas que asumen un ejercicio de su sexualidad muy activamente, hombres y mujeres en plena explosión hormonal para quienes el sexo representa un asunto de gran importancia en sus vidas. Sin embargo nos topamos con personas para quienes el sexo no es un aspecto fundamental en las relaciones de pareja, y que en general lo consideran como algo secundario, situando como prioridad la afectividad, el compromiso y el vínculo emocional con su pareja.

Dado que observamos en las mujeres especialmente una distancia y poco interés por el desarrollo de su sexualidad, nos parece pertinente hacer énfasis en que la sexualidad representa una dimensión del ser humano que constituye una fuente del despertar y contacto con los sentidos y las emociones; una de las formas de reconocimiento de sí mismo(a), y el lazo que ata a las personas con el mundo. Sentir la sexualidad es sentirse plenamente humano (a), parte de la naturaleza, recuerda que se tiene la increíble capacidad de sobrepasar los límites del cuerpo y lo físico, a través de la imaginación, y las fantasías. Es la fuerza que nos despega del suelo que pisamos y nos lanza con impulso a otros universos.

Como mujeres, la sexualidad representa una extensión de los sentidos, la puerta que muestra el misticismo que se lleva dentro, una vía que libera las fuerzas atadas y deja entrar la emoción y la libertad del otro, que encarna la completud de sabernos seres hechas de múltiples facetas que habitan en un solo cuerpo a través del cual emerge cada una de ellas en infinidad de tonos, formas y movimientos. Es por esto, que cuando la cultura transmite a las mujeres la sexualidad como algo ajeno, poco valioso y distante de lo que hace parte de ellas, crea seres ocultas y desconocidas de sí mismas, mujeres que dejan en el abandono y en la oscuridad parte de lo que es ser femeninas y sobretodo de lo que representa ser humanas.

En relación con las prácticas de sexualidad y contrario a lo que estábamos esperando, los y las adolescentes toman medidas preventivas en las relaciones de pareja contra posibles embarazos, pero no medidas de protección frente a un posible contagio de ETS cuando tienen relaciones sexuales ocasionales, lo cual se puede explicar desde el sentimiento de invulnerabilidad propio de la edad y que se corresponde con la presencia encubierta y poco visible que caracteriza este tipo de problemáticas en su entorno inmediato de interacción. Esto resulta preocupante teniendo en cuenta que el volumen de contagio de ETS va en aumento en la sociedad colombiana y se ha convertido en un problema de salud pública. Lo anterior pone en evidencia la deficiencia de las campañas de salud y de los programas de educación sexual para llegar efectivamente a los y las adolescentes, debido a que por lo general estos se encuentran planteados desde la perspectiva adulta. Así, es una certeza la necesidad de realizar indagaciones que aborden la perspectiva adolescente y que permitan superar esta limitante y tener un impacto efectivo en esta población específica.

Frente a los embarazos tempranos y las enfermedades de transmisión sexual, los adultos (padres, profesores) expresan gran preocupación y consideran que existe una necesidad de conversar sobre estos temas con los y las adolescentes. No obstante, los y las adolescentes no refieren que sus padres o profesores les den mayor información sobre sexualidad o que conversen con ellos(as) sobre cómo expresar el amor a través de las relaciones sexuales. Si bien la educación sexual hace parte del currículo escolar, la perspectiva desde la cual se aborda es más que todo biológico dejando de lado el componente emocional involucrado en este asunto, no solo en relación con otra persona sino también consigo mismo. Así, se hace evidente la presencia de una paradoja cuando los adultos manifiestan gran preocupación por la falta de información y

desconocimiento que tienen los y las adolescentes alrededor de la sexualidad y lo que esta conlleva, y simultáneamente no resuelven dicha preocupación propiciando espacios de comunicación en los que ellos y ellas puedan resolver dudas y conversar abiertamente sobre el tema.

Con base en las reflexiones anteriores, se considera pertinente la formulación de una propuesta para la prevención ante el contagio de enfermedades de transmisión sexual, dado que esta situación es considerada como poco probable entre los y las adolescentes. Se observó en el estudio el alto impacto que pueden tener las experiencias de personas cercanas a ellos y ellas, en lo que respecta a casos de embarazos no esperados y no deseados en su entorno, por lo cual se considera como una posibilidad para lograr impactar a los y las adolescentes en otros aspectos. De esta forma se puede pensar en un acercamiento de tipo experiencial a los y las adolescentes en donde logren entrar en contacto con personas que compartan algunos aspectos en común con ellos y ellas como la edad, los intereses y necesidades, el contexto, entre otros, y que hayan estado expuestos a ETS, permitiéndoles acercarse al sentimiento de vulnerabilidad y la posibilidad real de contraer una enfermedad de este tipo, a través de las experiencias traídas por otros

Por otra parte a nivel investigativo, sería interesante realizar una indagación con los participantes del presente estudio en algunos años (4 o 5) con el fin de evaluar cambios en sus criterios en lo referente a sus prácticas, pensamientos, sentimientos y emociones en las relaciones de pareja. Desde nuestro punto de vista, nos planteamos la hipótesis de que en unos años, sus criterios pueden estar un poco más alejados del “deber ser”, es decir, de los roles tradicionales preestablecidos y de este modo se podría ver un criterio más elaborado por cada uno de ellos, desde la construcción de su propia identidad, lo cual permitiría ver menos contradicciones.

Interpretamos las contradicciones e incoherencias entre las prácticas y pensamientos alrededor de los roles de género de los y las adolescentes como evidencia de una transición hacia el cambio o evolución de estos roles, puesto que se observa una flexibilización parcial de estos a nivel de cognitivo, pero aun se evidencia que los comportamientos siguen estando arraigados a las prácticas tradicionales. Sin embargo contemplamos la posibilidad de que se estén dando practicas coherentes con el cambio de los roles de género pero de manera encubierta por el alto costo social que trae romper las normas preestablecidas.

Finalmente la realización de esta investigación nos permitió hacer reflexiones acerca del impacto de la cultura y la manera en que los roles de género permean nuestros comportamientos, lo que pensamos y lo que sentimos cuando interactuamos con otros y con nosotras mismas en nuestra vida cotidiana.

#### 4. Referencias bibliográficas

- Boff, L; Muraro, R (2004). *Femenino y Masculino, una nueva conciencia para el encuentro de las diferencias*. Madrid: Editorial Trotta.
- Castellanos, G; Accorsi, S (2002). *Género y Sexualidad en Colombia y Brasil*. Cali: Editorial La Manzana de la Discordia
- Coddou, F y Méndez, C (2002). *La aventura de ser pareja*. Santiago de Chile: Grijalbo
- García, C (2003). Aportes investigativos para el cambio de las relaciones de género en la institución escolar. *Revista Edugénero*. Bogotá: Editora Guadalupe Ltda.
- Gastaldi, I.F. S.D.B. (1994). *El hombre, un misterio*. Quito: Instituto Superior Salesiano.
- Gil, E (2001). *Nacidos para cambiar: como construimos nuestras biografías*. Taurus: Madrid.
- González, B. (1999). Los estereotipos como factor de socialización en el género. *Comunicar*. Marzo, No. 12. Colectivo Andaluz para la Educación en Medios de Comunicación: España. p. 79-88
- Hernández, G y Jaramillo, C (s.f). *La educación sexual de niñas y niños de 6 a 12 años: Guía para madres, padres y profesorado de Educación Primaria*. Centro de Investigación y Documentación Educativa (CIDE)
- Hardy, E; Jiménez, A (2001). Masculinidad y Género. *Revista cubana de Salud Pública*. Vol 27 No. 2. Universidad Estadual de Campinas. Sao Paulo
- Harris, M. (2001). *Antropología cultural*. Alianza Editorial: Madrid
- Hernández, R.; Fernández, C. y Baptista, P (2006) *Metodología de la Investigación*. Cuarta Edición. México: McGraw Hill.
- Jansson, A. (2000). Significados en controversia: Estudios de audiencia e identidad cultural. *Estudio sobre las culturas contemporáneas*, junio, vol. VI N° 011. Universidad de Colima: México. p. 55-88.
- Legarde, M. (1997). Mujeres y hombres, feminidades y masculinidades al final del milenio. *Revista de Ciencias Sociales*, No. 76. Vol1. Universidad de Costa Rica: San José
- Lomas, C (2005). ¿El otoño del patriarcado? El aprendizaje de la masculinidad y de la feminidad en la cultura de masas y la igualdad entre hombres y mujeres. *Cuadernos de trabajo social*. Vol. 18 p. 259-278. Centro de profesorado de Guijón: España.

- López, A.L. y Guerrero, S. (2006) Perspectiva Internacional del uso de la teoría general de Orem. *Investigación y Educación en enfermería*. Vol. 24 No. 2 Medellín: Universidad de Antioquia.
- Mattelart, A. (2006). Pasado y presente de la sociedad de la información. Entre el Nuevo Orden Mundial de la Información y la Comunicación y la “Cumbre Mundial sobre la Sociedad de la Información. *Cuadernos de comunicación e innovación Telos*. No. 67: Madrid.
- Mejía, I (2000). *Dinámicas, ritmos y significados de la sexualidad juvenil*. ICBF, MEN, SECAB, Fundación Antonio Restrepo Barco: Bogotá.
- Moreno, A; Del Barrio, C. (2005). *La experiencia adolescente. A la búsqueda de un lugar en el mundo*. Aque: Buenos Aires
- Oliva, A., (2003) *Desarrollo de la personalidad durante la adolescencia* en Desarrollo psicológico y educación, psicología evolutiva Vol. I. de compilación en Placios, J.; Marchesi, A. y Coll, C. (2003): Madrid: Alianza Editorial.
- Oliva, A., (2003) *Desarrollo social durante la adolescencia* en Desarrollo psicológico y educación, psicología evolutiva Vol. I. de compilación en Palacios, J.; Marchesi, A. y Coll, C. (2003): Madrid: Alianza Editorial.
- Pacheco, C.I.; Rincón ,L.J; Guevara, E.E;, Latorre ,C.; Enríquez, C.; Nieto, J.M. (2007) Significaciones de la sexualidad y la salud sexual en adolescentes de Bogotá. *Salud Pública*. No. 49 p. 45-51. México
- Profamilia ENDS, (2005) <http://www.profamilia.org.co/encuestas/index.htm>. Consultado el noviembre 10 de 2008.
- Ramírez, J.M.; Gonzales J.M.; Cavazos, J.J.; Rios, T. (2006). Actitudes de los padres sobre sexualidad en sus hijos, valores y medidas preventivas de SIDA. *Revista Salud Pública y Nutrición*. Vol. 7, No 1. México: Universidad Autónoma de Nuevo León
- Robledo, I; Puyana (2000). *Ética: Masculinidades y Feminidades*. Centro de Estudios Sociales Universidad Nacional de Colombia. Bogotá
- Rocha, T; Díaz, R. (2005). Cultura de género: la brecha ideológica entre hombres y mujeres. *Anales de psicología*, junio, vol. 21, No. 001. Universidad de Murcia. España p.42 - 49
- Rosaldo, R. (1991). *Cultura y Verdad*. Editorial Grijalbo: México
- Sánchez, M. (2005). *Poder de negociación sexual en la adolescencia*. Bogotá: Profamilia.
- Saiz, J.; Fernández, B.; Álvaro, J. (2007). De Moscoviici a Jung: el arquetipo femenino y su iconografía. *Athenea Digital*, No. 11, p 132-148. Universidad Complutense: Madrid.

Sandoval, M. (2006). Los efectos de la televisión sobre el comportamiento de las audiencias jóvenes desde la perspectiva de la convergencia y de las prácticas culturales. *Universitas Psicológica*, Vol. 5, Nº. 2, p. 205-222

Universidad Andrés Bello, (2008) Embarazo adolescente: historias, riesgos y prevención, *Universia. Net.* [www.universia.cl](http://www.universia.cl). Consultado el octubre 13 de 2008.

Velásquez, M.L (2006) Aproximaciones a la creación de competencias culturales para el cuidado de la vida. *Investigación y Educación en enfermería* Vol. 24 No. 2 p- 136-142. Medellín: Universidad de Antioquia.

Viveros, M.; Olavarria, J.; Fuller, N. (2001). *Hombres e identidades de género: Investigaciones desde América Latina*. CES. Universidad Nacional de Colombia. Litocamargo Ltda. Colombia.

Willi, J (2004). *Psicología del amor: el crecimiento personal en la relación de pareja*. Herder: Barcelona.